

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
 Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10, en Paris.

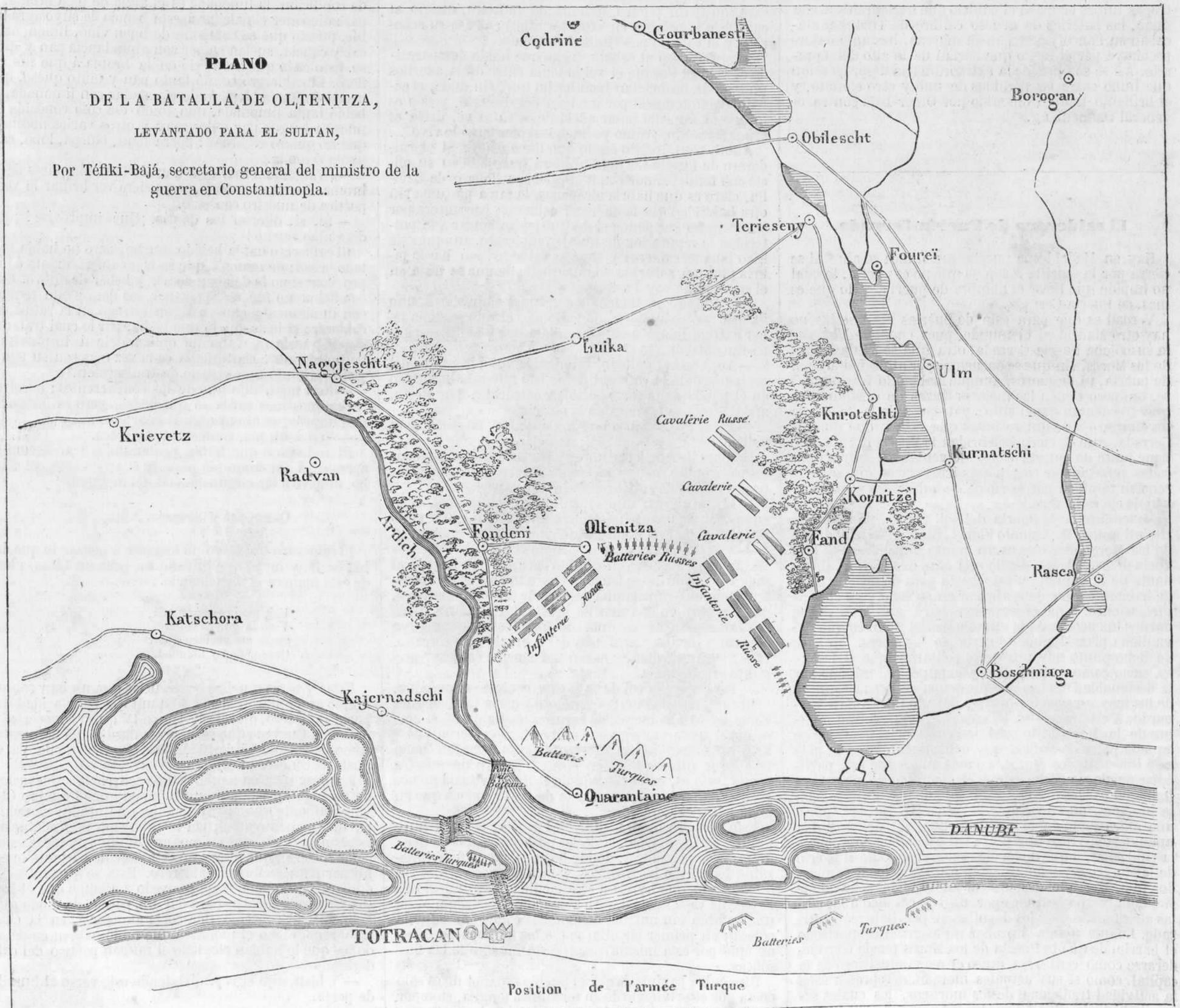
AÑO 12. — Nº 52.

SUMARIO.

La batalla de Oltenitza ; grabado.—El calderero de Puer-

ta-Cerrada. — Historia de la 'semana. — Valaquia; grabados. — Amor. — Jerez de la Frontera ; grabados. — A

la señora doña Cruz. — Estudios graves. — Bailes alemanes. — Hyeres y sus islas ; grabados. — El mundo



nuevo. — Monumento erigido al pie de los muros de Roma en memoria de los soldados franceses que murieron durante su sitio; grabado.

La batalla de Oltenitza.

Encabezamos este número poniendo á la vista de nuestros lectores el plano configurativo del terreno donde se dió la batalla de Oltenitza tal como se ha publicado en francés, aunque sin relatar los pormenores de la acción, cuyas principales fases conocen ya los lectores del *Correo de Ultramar*, y que ha sido hasta el combate naval de Sinope, el hecho de armas mas importante de la campaña abierta sobre las orillas del Danubio entre Omer-baja y los rusos. Únicamente daremos aquí algunas explicaciones sucintas, para que se comprendan las ventajosas condiciones á cuyo beneficio los turcos pudieron sostener un choque formidable y quedarse dueños de la posición que no evacuaron hasta pasados ocho días.

Omer-baja se había atrincherado en el triángulo ó península que ántes de unirse forman la madre del Danubio y la del Arghys, su confluente, en cuyas orillas se eleva la aldea de Oltenitza, y ocupaba á la vez el punto fortificado de Turtukai, en la orilla derecha del Danubio, la principal de las cuatro islas que forma el río en este sitio, y el edificio del Lazareto (Cuarantena) en frente de esa isla en la orilla izquierda del Danubio. La artillería rusa se desplegaba en abanico en frente del Lazareto, con la infantería á su derecha y á su izquierda, y á retaguardia la caballería. El haber atacado tan de repente Omer-baja, es lo que sin duda explica como los rusos se descuidaron en ocupar una posición tan importante como la del Lazareto á la orilla izquierda del río. Sea como quiera, esta omisión les costó muy caro, porque entretanto que el grueso de las tropas turcas ocupaba el edificio que hacia frente al enemigo, las baterías de grueso calibre de Turtukai atacaban su flanco y detenían su marcha, bastante entorpecida ya por el fuego que hacían de lo alto del Lazareto. Así se comprende la extraordinaria desproporción que hubo entre las pérdidas de uno y otro ejército, y el brillante triunfo obtenido por Omer-baja contra el general Dannenberg.

El calderero de Puerta-Cerrada.

Hay en Madrid una puerta que nunca se abre ni se cierra por la sencilla razón de que no es puerta, lo cual no impide que lleve el nombre de puerta, y lo que es mas, de Puerta-Cerrada.

Verdad es que para esto de puertas sin puertas no hay otro Madrid en el mundo, pues cuenta además de la susodicha Puerta-Cerrada, otra que se titula Puerta de los Moros, sin que se encuentre por allí señal alguna de puerta, ni de moros, aunque hablando francamente, tampoco tienen las mejores trazas de cristianos los que frecuentan aquel sitio; y despues de la Puerta de los Moros, ó si se quiere ántes que esta y que Puerta-Cerrada, goza de cierta celebridad la Puerta del Sol, que tiene tanto de puerta como de ventana. Las tres indicadas puertas son tres plazas irregulares que se diferencian tambien por la rueda de habitantes á que sirven de eje cada una.

No hablaré de la Puerta del Sol, porque ya lo ha hecho mi amigo D. Antonio Flores. En cuanto á la Puerta de los Moros diré que es un punto inmediato á la Plaza de la Cebada, donde está el mercado mas abundante de la capital, y esto basta para deducir la clase de habitantes que debe abrigar en su seno y en sus inmediaciones. Una observación haré aun que puede darnos luz acerca de la etimología del nombre que lleva dicha plaza llamada Puerta de los Moros. No léjos de dicho punto hay un barrio solitario como el desierto, sucio como un pantano, y de tan difícil tránsito por la desigualdad del terreno que ocupa como cualesquiera de los mas escarpados lugares del monte de San Bernardo. A este barrio se le conoce con el extraño nombre de la Morería, lo cual indica el origen árabe de aquella parte de Madrid que debía terminar en la plaza ó Puerta de los Moros. Lo mas que sobre este particular puedo yo decir, es que si dicho barrio no estuvo habitado por los moros, fué el asilo de los moriscos hasta su expulsión en tiempo de Felipe III. No será, pues, una extravagancia el suponer que allí donde había una puerta se hizo una plaza para dar mas ensanche á la población, y que dicha plaza conservó como el barrio de la Morería la denominación alusiva á los desgraciados moriscos que despues de abjurar la religion de Mahoma fueron lanzados por un rey católico á las costas africanas, donde los degollaban por haberse bautizado. Lo que ayuda á probar mi aserción es que todo el barrio, de que la Puerta de los Moros puede considerarse como centro, es acaso el mas industrioso de la capital, como si sus actuales moradores representasen la actividad tradicional de los moriscos, los cuales segun la historia, suscitaron la persecución de que fueron víctimas por su laboriosidad. Allí como he dicho está

el gran mercado de la Plaza de la Cebada; allí cerca se halla el rastro de cuya industria solo se tiene un rastro en el Temple de Paris; allí, no muy distante, en fin, está Puerta-Cerrada donde vivía la notabilidad que sirve de epigrafe y de asunto á nuestro artículo presente.

Puerta-Cerrada es el centro de otro laboratorio industrial: allí están generalmente los comercios de obras metálicas desde el humilde clavo hasta el brillante perol: desde el cuchillo romo á la afilada lanceta, desde las tijeras mas ordinarias que puede usar un esquilador hasta las mas delicadas que puede desear una remilgada bordadora. Así, ya se sabe, el que quiere comprar en España buenos cuchillos, buenas tijeras, buenos clavos, buenas herraduras ó buenos calderos, encarga estas cosas á Madrid, y no solo á Madrid sino á los comercios de Puerta-Cerrada. Allí es donde naturalmente debía residir y residía el personaje de que voy á decir algo, y hablo en pretérito porque el sugeto en cuestión murió hace ya mas de doscientos años.

¿Quién era este hombre, este calderero, esta persona que á pesar de su humilde condicion suscita todavía un recuerdo al cabo de doscientos años, atravesando por decirlo así el dintel de ese templo de la inmortalidad á que vanamente aspiran muchos otros ayudados por las alas de un elevado nacimiento? ¿Acaso el talento de hacer buenos calderos vale la pena de lanzar un nombre á la posteridad? Sin duda alguna se puede contestar afirmativamente si el mencionado calderero hubiese trabajado el latón con tanto primor como el señor Manolito Gazquez el de Sevilla, de quien voy á referir una anécdota.

Parece que en cierta ocasión paseaba cierto personaje á caballo por las calles de Sevilla, sin hallar obstáculo alguno á su paso hasta que llegó á la puerta del señor Manolito, donde el caballo, árabe por mas señas, se detuvo de repente como si hubiera encontrado una barrera. Picaba el caballero, y sacudía el látigo de lo lindo sin que su caballo quisiera dar un paso y sin que él pudiera explicarse la razón de este raro fenómeno; visto lo cual por el señor Manolito, salió á la puerta de su casa, quitó un velon que tenia de muestra, dirigió al caballero la palabra en estos términos: «Pase su señoría» y el caballo pasó inmediatamente.

¿Porqué pasó el caballo luego que había desaparecido el velon? Porque el velon tenia entre otros adornos un leon de bronce tan bien hecho que, sin duda, el caballo debió tomarlo por un leon del desierto, y esto es lo que le impedia pasar adelante. «Ya se ve, decía el señor Manolito, como yo hago las cosas tan á lo vivo!...»

Ahora bien, insisto en lo que llevo dicho. Si el calderero de Puerta-Cerrada hubiera trabajado en su oficio con tanto primor como el célebre velonero de Sevilla, claro es que habria alcanzado la fama póstuma sin otra habilidad que la de hacer calderos; pero no era por este camino por donde el destino quiso lanzar á la posteridad la reputación de nuestro calderero, aunque este hizo buenos calderos y buenas calderas, sin hacer jamás una tan soberbia como aquella de que se trata en el cuento que voy á referir.

Reunieron en Madrid dos grandes embusteros, uno gallego y otro andaluz, de los cuales el uno suponía tener extraordinariamente larga la vista, y el otro espantosamente delicado el oido.

—Yo, decía el gallego, veo desde aquí á la mujer del campanero de la catedral de Toledo que está bordando en el tejado de la torre de dicha catedral... Por cierto, añadió, que se la ha caído la aguja.

—En efecto, contestó el andaluz, yo he sentido el golpe.

Despues de ponderar uno y otro sus gracias personales pasaron los dos embusteros á encarecer las cosas extraordinarias de sus provincias respectivas.

—En mi tierra, dijo el gallego, hay una col, bajo cuyas hojas puede acuartelarse un ejército como el de Napoleon, sin que á ningún soldado le falte sombra.

—Allá, en Andalucía, respondió el otro, no hay col tan grandes, pero en cambio las artes han llegado al mas alto grado de esplendor. Ahora mismo se está construyendo en Granada una caldera de tales dimensiones, que trabajan en ella mas de veinte mil hombres, y están tan separados los unos de los otros que ninguno alcanza á oír los martillazos del operario mas cercano.

—¿Para qué diablos hacen tan enorme caldera? preguntó el gallego.

—Para cocer la col de tu tierra, contestó el andaluz.

El calderero de Puerta-Cerrada no hacia tan colosales obras, ni pasaba tal vez de ser una medianía en el arte de hacer calderos; pero en cambio... ¿lo creerán Vds.? Este calderero era un excelente poeta, era tan buen poeta que aunque vivía en el siglo de oro de nuestra poesía, esto es, en el reinado de Felipe IV, tenía menos rivales dignos de él en el arte de hacer versos que en el de hacer calderas.

Esto seria incomprendible en Francia, pero es muy natural en España, patria de los poetas y, lo que es mas, de los improvisadores, donde hasta la gente mas ignorante del campo hace versos, y aun buenos versos, sin duda por lo que ayuda á esta facilidad el privilegio de la lengua castellana tan rica de gala y de armonía, en una palabra tan nutrida de aquellas condiciones que la colocan en primer término entre las lenguas poéticas, aunque por esta misma razón dista mucho de las filológicas.

Diré entre paréntesis que el pueblo español no es solo poeta por el privilegio de su magnífica lengua, sino por la riqueza de su imaginación y por los sentimientos delicados que germinan por lo comun en los corazones

meridionales. En el número inmediato de este periódico demostraré con el ejemplo hasta qué punto nuestro pueblo español tiene la inspiración y el sentimiento del arte.

Volvamos al calderero. Este buen hombre tenia tal facilidad para la versificación, y emitía pensamientos tan originales en sus versos, que pronto la fama de su número pasó de la vecindad á otras personas de buena posición social, de estas á Calderón, Lope de Vega, Quevedo y otros grandes poetas de la época, y por último al rey Felipe IV, que como es sabido, era apasionado de las musas.

Contábanse en la corte muchas ocurrencias que probaban el talento particular del calderero para la improvisación, ocurrencias que merecían la aprobación del monarca, hombre competente en la materia, porque cultivaba la poesía tambien, y los elogios de los eminentes poetas que brillaron en el reinado y corte de Felipe IV. Decíase entre otras cosas como presentándose en casa del calderero dos vecinos suyos, herrador el uno y cirujano el otro, y habiéndose estos anunciado con estas palabras: «Dos maestros diferentes,» contestó inmediatamente el calderero con esta epigramática redondilla:

¡Tierra! ¿cómo los consientes?

¡Trágalos por una pata!

¡Uno hierra... y otro mata!...

Dos maestros diferentes.

En otra ocasión, hallándose el calderero de broma con varios amigos suyos, bebió tanta limonada, que se embriagó. Para que muchos no se extrañen al oír decir que un hombre se achispó bebiendo limonada, explicaré la diferencia que hay de la limonada al agua de limon, y esta es tan enorme, como que el agua de limon, ello mismo lo dice, es limon con agua, y la limonada es vino con zumo de limon.

Generalmente en los pueblos de Castilla, y lo mismo debia suceder entónces entre los madrileños de humilde condicion, la limonada es el alma de toda broma, y para disponer el paladar á esta bebida de suyo agradable, puesto que se compone de buen vino, limon, azúcar y canela, suelen comer con abundancia pan y queso. Esto es lo que aconteció en la broma á que me refiero. El calderero comió tanto pan y tanto queso, que necesitó remojar á menudo el paladar con limonada, y bebió tanta limonada, que tomó esa cosa conocida en nuestra lengua por todos estos y otros varios nombres que no quiero recordar: borrachera, chispa, lobo, carpanta ó mona.

—¡Válgame Dios! dijo uno de los cómplices de la broma. Ahora es cuando yo quisiera ver brillar la vena poética de nuestro consocio.

—Sí, sí, dijeron los demás. ¡Qué improvise! ¡qué diga algo bueno!

El calderero habia bebido mucho, pero no habia matado la sed; de manera, que se negó abiertamente á improvisar si no le dejaban comer y beber de nuevo. Esta condicion no fué aceptada por los demás que temían con fundamento causar algun estrago en la salud del calderero si le daban lo que pedía, por lo cual trataron de distraerle nuevamente obligándole á improvisar. Pero el hombre continuaba cada vez mas con su tema, y esto produjo una especie de transacción.

—Está bien, dijo uno de los concurrentes; nosotros te daremos mas tarde lo que pides, pero es necesario que improvises ahora alguna cuarteta.

—Venga un pie, contestó el calderero.

El individuo que habia propuesto la transacción se apresuró á dar como pie para la cuarteta este octosílabo, alusivo á las circunstancias del momento:

Queso, pan y limonada.

El calderero se detuvo un instante á pensar lo que debia decir, y luego que hilvanó un poco sus ideas, glosó de esta manera el mencionado verso:

Una mona tengo atada,
Y no la quiego soltar
Si no me vuelven á dar
Queso, pan y limonada.

Estas y otras muchas ocurrencias que no han sobrevivido aumentaron hasta tal punto la popularidad del poeta calderero, que el rey Felipe IV quiso conocerle, y mandó á Quevedo que se lo presentase al dia siguiente, como en efecto se verificó, pues Quevedo tenia ya el gusto de conocer al calderero.

Por desgracia en aquellos dias ocurrió la sublevación de Portugal, pérdida de un reino en que el célebre Olivares suponía que el rey ganaba un ducado; se temía de un momento á otro la insurrección de Andalucía; estaban inquietos los ánimos en Cataluña, y todas estas cosas hicieron que el rey no estuviese de bastante buen humor para recibir al calderero. Este se presentó sin embargo acompañado de Quevedo á tiempo que el rey iba á salir de palacio para dar un paseo, de modo que Felipe IV le concedió una corta audiencia, en la cual comprendió bien el monarca que no le habían engañado los que le habian elogiado el número poético del calderero.

—Y bien, dijo el rey, dirigiendo este verso al humilde poeta.

Dícenme que viertes perlas.

El calderero contestó sin detenerse :

« Si señor ; mas son de cobre,
Y como las vierte un pobre
Nadie se baja á cogerlas. »

Como verán mis lectores, la contestacion del calderero es algo mas que una respuesta aguda, es toda una obra de filosofia : es una de las réplicas que hubieran bastado á engrandecer á un hombre en los tiempos en que florecia Atenas por la excelencia de sus ingenios. Buenos versos, oportunidad, analogía, elevacion de pensamiento, gala de dición, todo brilla en la respuesta á la par que el orgullo del hombre que no se cree debidamente recompensado por la sociedad en que nace condenado á vivir y morir.

El rey Felipe IV se retiró complaciéndose de la pequeña compensacion que daba el destino á su reciente pérdida. La nacion en que reinaba tenia un poeta mas y una provincia ménos. El poeta es el que no tuvo mas recompensa que la de ver su vanidad lisonjeada por la aprobacion del monarca y de otros hombres eminentes ; pero ¿ qué digo ? ¿ por ventura no logró con tan pocos versos pasar á la posteridad ? Sin duda que sí, pues aunque se ignora su nombre, no se ignora que existió un hombre de mérito cuyo nombre y apellido ignoramos y á quien por esta razon tenemos que llamar simplemente : *el calderero de Puerta-Cerrada*.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Estamos en vísperas de ese famoso dia de año nuevo que tantos estragos causa en los bolsillos parisienses. Los aguinaldos, que entre nosotros los españoles quedan debidamente repartidos en Nochebuena y Pascuas, aquí se prolongan con el nombre de *étrennes* hasta el primer dia del año entrante. El origen de esta costumbre parece enteramente pagano : cuéntase que el rey de los sabinos, que dividió el trono de Roma con su fundador, recibió como un feliz presagio las ramas que le presentaron cortadas en una selva virgen consagrada á *Strenua*, diosa de la Fuerza, y al autorizar esta costumbre para lo sucesivo, quiso que el nombre de los regalos que se hacen por año nuevo recordasen su origen.

En efecto, la diosa de la Fuerza preside de hecho y de derecho al uso establecido de colmar de atenciones de mas ó ménos costo, no solo á las personas con quienes nos hallamos en buenas relaciones, sino á todas aquellas que considerándolas en una escala inferior á la nuestra, se creen con la obligacion en ese dia de desearnos grandes felicidades para todo el año, lo que traducido en lengua corriente, quiere decir que ese deseo se paga con una recompensa inmediata.

Es verdad que para eso todo el mes de diciembre es una época de benevolencia, de graciosas sonrisas y buen comportamiento. ¿ Porqué los doce meses del año no son lo mismo, y cómo no se ha pensado en fundar aguinaldos periódicos para el dia primero de cada mes ? Todo seria beneficio para nosotros ; nos hallaríamos rodeados de dulces apariencias, contemplaríamos sin cesar esos risueños rostros que conservan su amable expresion por espacio de estos 31 dias que tan pronto se marchan.

La cuestion de estos dulcísimos aguinaldos se halla pues á la órden del dia, y es el único cuidado del momento con las especulaciones bursátiles, que ejercen en la susodicha cuestion la mas grande influencia. ¿ Cuántos habian hecho espléndidas promesas en el apogeo de la subida de los fondos, y se encuentran entre la espada y la pared hoy que reina la baja !

En vísperas de ese dia terrible, hay muchos tambien que para libertarse de pagar el tributo á la diosa de la Fuerza, amplifican maliciosamente su desastre, se dicen arruinados y sin esperanzas, en una palabra, se cubren con su derrota como con un escudo que les protege y les defiende del primero del año.

Los cañonazos de Oriente servirán de plausible pretexto á una multitud de personas que desean poder escaparse por la tanjante para no dar nada que valga mas de unos cuantos reales ; y entre esta gente económica habrá muchos que léjos de haber perdido en la Bolsa habrán ganado, pero todos en coro cantarán la baja, y en vez de dar oro y pedrerías, se contentarán con regalar un cucuruchito de almendras.

La avaricia es el mas ciego y el mas incorregible de todos los vicios, y en la ocasión presente suele señalarse con rasgos que le caracterizan. Muy conocido es en Paris el epitafio hecho en honor de un avaro famoso que se murió justamente el dia de san Silvestre á fin de no dar nada á nadie. Es cierto que todos los avaros no llevan á un extremo tal la rigidez de sus principios ; lo que sí sucede es que algunos, muy conocidos en la sociedad, se contentan con caer malos por este tiempo ; se meten en la cama á mediados de diciembre y no salen de su alcoba hasta enero, condenándose á un mes de soledad por no desatar los apretados cordones del bolsillo. Algunos de estos sacrifican lo que les cuestan las visitas de un médico, á quien llaman para representar la far ensa toda regla.

Noches pasadas, en una reunion íntima compuesta de unas veinte personas, se trataba de la famosa cuestion de los aguinaldos. La escena pasaba en casa de un marido avaro de sus dones, sobre todo cuando estos deben recaer en su cara esposa. Algunas señoras vivamente interesadas en la cuestion citaban con grandes elogios varios rasgos de magnificencia, de oportunidad y de buen gusto, sin duda para excitar la emulacion de los presentes. Hacia los honores de la reunion una mujer jóven y encantadora, cuyo esposo nada desprendido, como hemos di-

cho ya, se quejaba hipócritamente de que su mujer no queria decirle lo que deseaba que la regalara el dia de año nuevo.

— Está empeñada en no explicarse claro, decia, de modo que tengo miedo de darle alguna cosa que no la guste, en tanto que me alegraria hasta lo sumo de poder ofrecerle lo que desea.

La concurrencia admiró la buena voluntad y las excelentes intenciones de aquel esposo como hay pocos, el cual saboreó los elogios sonrojándose de modestia. Las amigas de la jóven le hicieron mil instancias para que se declarase, para que dijera francamente su deseo, y el marido insistió mas que nadie en el asunto, conociendo muy bien que ante tantos testigos su mujer se mostraria discreta, y no pediria nada exorbitante ; pero ella comprendió perfectamente la situacion y se encerró en un silencio profundo.

Un jóven de los que asistian á la reunion tuvo la siguiente ocurrencia :

— Si esta señora persiste en callarse, dijo sonriendo, quizá podríamos emplear un medio para vencer su resistencia.

— ¿ Y cuál es ese medio ? preguntaron todos.

— Antes de exponerle es preciso que este caballero me autorice á ello, contestó el jóven dirigiéndose al marido.

El buen esposo declaró que por su parte estaba pronto á conceder la autorizacion que le pedia, y entonces el jóven manifestó á los curiosos á media voz para que aplicara bien el oido la que debia sufrir la prueba, que su medio no era otro que el magnetismo.

— ¡ Aprobado, aprobado ! exclamaron en coro las señoras.

— ¿ Qué es eso ? preguntó con afán el marido.

— Va Vd. á verlo.

Y el jóven comenzó su tarea fijando en la hermosa dama una mirada penetrante, y luego acercándose mas ejecutó rápidamente algunos ejercicios de la pantomima científica que se usa en estos experimentos.

La jóven manifestó al punto cierta turbacion ; despues su cabeza cayó sobre un hombro, y por fin, al cabo de algunos minutos pareció hallarse sumergida en el mas profundo sueño.

— Estaba seguro de ello, dijo gravemente el magnetizador ; hace tiempo que habia yo notado en esta señora todas las señales que anuncian una predisposicion para sufrir la influencia magnética.

— ¿ La va Vd. á interrogar ?

— Ahora mismo. ¿ Vd. desea saber, caballero, qué es lo que quiere su mujer de Vd. por aguinaldo ?

El marido que no esperaba semejante prueba, estuvo á punto de interrumpirla, pero ya se habia adelantado demasiado para retroceder, y además la concurrencia no lo habria sufrido.

El magnetizador hizo la pregunta consabida, y la dama respondió en estos términos :

— Quisiera que mi marido me diese por aguinaldo un broche de diamantes que he visto en una platería.

— ¡ De diamantes ! exclamó el marido.

— ¡ Silencio ! repuso el magnetizador. ¿ Qué señas tiene ?

— Representa un ramito de flores.

— ¿ Está solo en la muestra del platero ?

— Hay dos iguales ; pero el otro broche está ajustado ya por la duquesa de N...

— ¡ Entonces debe ser horriblemente caro ! exclamó casi sin querer el marido.

— ¿ Sabe Vd. el precio de esa alhaja ? preguntó el magnetizador.

— Puede que me acuerde.

— ¿ Cuánto vale pues !

— Dos mil pesos.

— Señoras, se apresuró á decir el marido, ya sabeis porqué mi mujer no queria confesarme su deseo ; su silencio prueba que ella misma consideraba su capricho como una locura, y estoy seguro de que si supiera lo que ha dicho lo sentiria en extremo, pues es una mujer sumamente discreta. Por eso me harán ustedes el favor de ahorrarla este disgusto guardando un secreto religioso sobre lo que acaba de pasar en su sueño.

Cuando la libertaron del fluido magnético, la jóven manifestó mucha sorpresa, y preguntó cándidamente :

— ¿ Qué ha sucedido ?

— Nada, contestó con presteza el esposo ; te han magnetizado, pero no has querido hablar, y tan discreta has estado dormida como despierta.

— ¿ De veras ?

— Nada mas cierto.

El secreto recomendado y prometido se guardó aquella noche, y hasta ahora no se ha descubierto segun nuestras noticias ; pero no por eso nos atreveríamos á decir que se salvó el marido.

Afortunadamente estos lances no deben hacernos desesperar de la generosidad pública, cuando por otra parte nos complacemos en señalar aquí las palabras de una actriz á la moda, que decia la otra noche en un círculo de adoradores, que no daria por diez mil pesos los aguinaldos que contaba recibir este año.

— El último año me ofrecieron un precio alzado, ocho mil pesos, añadió con una sonrisa ; pero no acepté, y no anduve errada ; mi agente de negocios que quiso hacer el trato habria recibido el doble.

Es cierto que no todas tienen esta fortuna, y entre otras citaríamos una ambiciosa celebridad dotada de las mas brillantes esperanzas que puede prescindir ya de dos magníficos regalos.

El viénes último hubo un altercado acerca de ella entre dos elegantes que cada cual por su lado se creia exclusivamente en camino de obtener sus favores.

Uno de ellos se acercó á su rival, y le dijo con ademán provocativo :

— Me han asegurado que supone Vd. ser bien recibido por la señora X...

— Y si así fuera, ¿ qué le importa á Vd. ?

— Sin duda me importa bastante, puesto que me decido á preguntárselo.

— ¿ Viene Vd. á proponerme un desafío ?

— Por ahora no ; lo que únicamente deseo es saber la verdad del caso.

— ¿ Y si no quiero decirlo ?

— Entonces, antes de llegar al duelo, quisiera hacer una apuesta.

— Un hombre bien nacido acepta siempre las apuestas y los duelos.

— Diez onzas de oro á que no me enseña Vd. una prueba escrita sobre el hecho que nos ocupa.

— Está dicho, y he aquí mi respuesta.

— ¡ Una carta de ella !

— Ni mas ni ménos.

— ¡ Bravísimo ! tome Vd. lo apostado y santas Pascuas. Pero ahora ¿ quiere Vd. darme mi desquite ?

— No hay inconveniente.

— La misma apuesta cambiando de papeles.

— ¡ Ah ! posee Vd. otro documento como el mio ; pues entonces cambiemos, y guardemos cada cual nuestras diez onzas.

— Todo es provecho ; nada hemos perdido.

— Al contrario, ganamos cada cual el doble, pues ahorramos recíprocamente el gasto que debíamos hacer para dar aguinaldos á esa pífida criatura.

— Sí por cierto ; ahora la darémos cada cual una carta escrita de su puño y letra, Vd. la mia y yo la de Vd., y punto concluido.

Esta clase de regalos en papel sin el timbre del banco de Francia es bastante general entre los maridos que suelen regalar á sus mitades el dia de año nuevo las cuentas y facturas de la costurera, de la modista, etc. etc., regalo que para algunos maridos no deja de ser bien costoso, pues el lujo de las parisienses toma cada dia proporciones mas colosales. Las nuevas modas tienen esplendores inauditos, tanto mas ruinosos para el bolsillo conyugal, cuanto que los cambios y las transformaciones se suceden en ellas con una rapidez incalificable. Si no fuera por la larga temporada que se pasa en el campo, las mayores fortunas se resentirian teniendo que hacer frente un año entero á las exigencias de la moda.

Pero hay otra clase de maridos en este mundo parisiense donde se encuentra de todo que, dotados de una fuerte dosis de filosofia, quieren reportar los beneficios de las faltas que suponen en sus mujeres.

Así entre las escenas de interior que se representan el primero del año por la mañana, suelen ocurrir algunas como la siguiente :

— Mi querida esposa, te voy á dar por aguinaldo...

— ¿ Alguna cosa buena ?

— Sí, una cosa magnífica, la absolucion completa...

— ¿ Pues qué sabes de mí ? ¿ qué te he hecho ? exclama la esposa indignada.

— Nada quiero saber, responde el marido ; te absuelvo sin confesion, y te advierto que si lo supiera todo quizá no tendria tanta generosidad en este instante.

— Pero me has de decir...

— Ni una palabra ; te creo buena, pero vamos, díme aquí entre nosotros, aun cuando no hayas cometido grandes faltas, ¿ no tienes sobre la conciencia algunos pecadillos en mi daño, como el mal humor, la coquetería, la prodigalidad, la contradiccion y la desobediencia ? Pues bien, te doy por aguinaldo el permiso para que no corrijas todos esos defectos en el curso del año que hoy principia ; ¿ te parece poco ?

Astucias así son poco generosas, pero en estos dias todo se pone en juego para llegar al fin que todos anhelamos, y es la salvacion del bolsillo.

MARIANO URRABIETA.

25 diciembre de 1853.

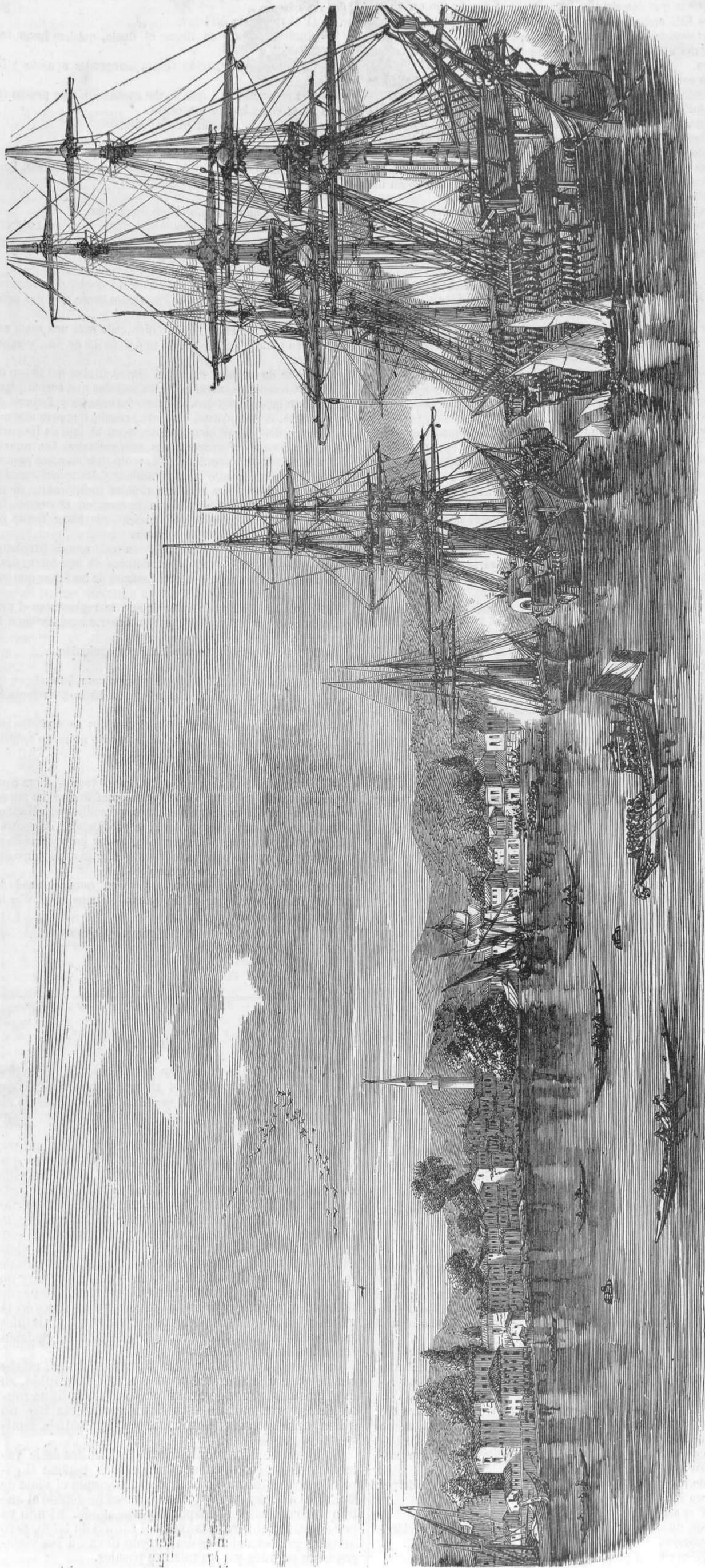
Valaquia.

El viajero que se encamina para Valaquia, debe necesariamente, si llega por el Danubio, hacer escala en Braila ó Giurgewo. Kalafat es un punto secundario en el que ningun medio de transporte fácil podria ser organizado sin mucha pena y pérdida de tiempo.

Giurgewo, ciudad casi muerta, puerto sin buques, debe á su proximidad á Bukarest, y á los viajeros que vienen de Constantinopla por Ruschtuk, sobre la orilla opuesta, el único soplo de vida que la anima actualmente. La ciudad valaca tiene agrupadas sus desiértas calles al rededor de una plaza espaciosa bastante regularmente construida á la europea ; pero fuera de este centro todo es mezquino y miserable. Un castillo viejo situado en una península á unos centenares de piés de la playa, dominaba ántes la ciudad y el puerto ; hoy no es mas que un monton de ruinas. Las fortificaciones de Giurgewo que costaron tantos muertos á los rusos en la guerra de 1828, fueron derribadas por ellos, y algunos lienzos subsistentes del arrumado castillo no podrian servirle ahora de defensa.

Giurgewo, como las plazas turcas antiguas, estaba cerrada por una muralla por la parte del Danubio, en la extension de mas de un kilómetro. Esta antigua muralla, hoy ruinosa, no está siquiera cubierta con un glásis, una batería en campo raso podria batirla fácilmente por el pié.

Del Danubio á los montes Karpatas, límites de la Valaquia, el camino se encuentra donde lo dispone el capricho del postillon. Yo he hecho á menudo el viaje de Bukarest á Giurgewo, y todas las veces he debido al antojo del conductor el ir por diversa senda. El uno va por el prado, el otro á través del campo de trigo, pero algunos raros accidentes del terreno llevan á los viajeros á los puentes y á los mismos pasajes.



Fondeadero de los buques franceses en el Bósforo.

Entre Giurgewo y Bukarest, un inmenso pantano, paralelo al Danubio, interrumpe el camino; siendo preciso pasarlo por una serie de puentes de madera, mortal desesperacion de los viajeros europeos. Largos travesaños, mal enclavados á los extremos sobre puntales desiguales, se remueven y balancean bajo los piés de los caballos, causando terribles sobresaltos á los pobres transeuntes. Este pantano es el campo de batalla de las guerras de la Valaquia desde el tiempo de Atila, el campo glorioso de los valacos de Kalugareni. Allí mismo, si continúa la guerra entre rusos y turcos, se disputará la posesion de Bukarest, resultado infalible del éxito de la batalla.

Mas allá de este punto, las estepas se extienden cuarenta leguas hasta las montañas, con una regularidad que aflige, sin ofrecer otra cosa que llanuras peladas y desiertas. La corriente de aguas es rara y poco profunda. El Argis y la Dimbowitza, paralelos al curso del Danubio, son vadeables por todas partes. Unicamente el Otto presentaria un obstáculo casi tan imponente como el gran rio á un ejército de invasion. El separa la pequeña Valaquia de la mayor, formando los Karpatas su límite natural. Asi pues, un ejército apoyado en los Karpatas daría frente al Otto (Aluta); si fuese batido, no tendria mas refugio que la Transilvania, á través de desfiladeros peligrosos y á veces impracticables.

Bukarest no es fácil de defender, por hallarse dominado por puntos elevados que pueden servir para el ataque, y que ofrecen pocos medios favorables de defensa. Por parte del sitiador, los collados de la Dimbowitza están al nivel con la llanura, y la ocupacion de uno de ellos haria imposible la defensa de la ciudad.

Braila es hoy el verdadero puerto de la Valaquia; su comercio es rico y activo, la ciudad adquiere cada vez mayor importancia, y las fortunas comerciales se cuentan por centenares. Esta ciudad fué fatal á los rusos en la campaña de 1828; defendida con valor y habilidad, á pesar de sus malas fortificaciones, fué solo tomada por asalto despues de combates mortíferos y redoblados. Los rusos acreditaron en aquel sitio, lo mismo que en Schumla y Varna, cuan distantes están sus armas especiales de responder á los sacrificios y á las esperanzas del czar. En aquel sitio, los ingenieros, en el momento del asalto, pegando fuego á una mina dirigida contra los sitiados, hicieron volar sobre la brecha su columna de ataque.

Los tristes despojos de esta torpeza de los ingenieros rusos yacen bajo los túmulos floridos que se ven hoy coronados de monumentos fúnebres, al pié de las deruidas murallas.

El primer aspecto de Bukarest causa una sorpresa inesperada al viajero europeo. Así, desembarcado en la oriental ciudad de Giurgewo sobre el Danubio, ve en la opuesta orilla brillar al sol las casas y los blancos alminares de una ciudad turca. Allí, sobre aquella playa del Oriente, un cochero de alquiler ofrece un carruaje para dirigirse á Bukarest. Si esta preciosa ocasion no se le presenta, el viajero recobra sus sueños orientales con su pintoresca realidad. En vano buscará una fonda, un parador, moradas desconocidas en aquellos parajes, poco frecuentados por extranjeros. Dichoso mil veces el que puede dormir sobre el banco vacilante de alguna taberna, ó sobre la alfombra poco perfumada de algun kani.

Kalugareni, á mitad de camino de Bukarest, muestra sus desolados pantanos; algunos niños medio desnudos, ó medio vestidos, que todo es lo mismo, acuden en tropel al grito de los postillones en todas las paradas; y despues de una carrera fantástica cruzando prados, trigos y matorrales, se llega hecho polvo á la capital de Valaquia, la ciudad de los trescientos companarios. Cientos de carruajes obstruyen las calles; petimetres con guantes amarillos, que han recorrido la Europa occidental, conducen elegantes tilburís, ó galopan en caballos ingleses, y despues del trayecto desierto de las estepas, el viajero se cree trasladado á Londres ó Paris.

El sello oriental se borra de dia en dia en los principados del Danubio, y apenas se ve hoy en la alta sociedad de Bukarest algun kalpak recalcitrante de Astrakan, apenas un viejo boyardo, enamorado del bello traje de sus antepasados, celoso de los recuerdos floridos de su infancia, se obstina en conservar religiosamente su espléndida vestimenta. Sus hijos, vestidos como los parisienses, con sus ajustados guantes, y su enlazada corbata atacan su *extravagancia*, acriminan lo que se permiten llamar ideas bárbaras, y su nieta, que no quiere ya que la llamen *cocónitza*, le coge riéndose el último schal de cachemira de su postrera cintura para abrigarse al salir del baile. El buen anciano boyardo, asediado, sin hallar sastre que comprenda el corte de los anchurosos ropajes de su juventud, acaba por encarcelarse en los estrechos chalecos y pantalones europeos, despidiéndose con pena de sus queridos recuerdos.

El gran Bano Jorje Filipiesio es todavía el tipo elegante del pasado de su país, viendo á este hermoso anciano con sus magníficos vestidos señoriales, ¿quién podría adivinar que este boyardo de traje oriental habla el francés con pureza, y es el tío ó el padre de las preciosas jóvenes que vestidas á la europea, con el gusto mas exquisito, lo rodean, en sus salones, cortesmente abierto á los extranjeros?

El fué, en las últimas elecciones para jefe del principado, el mas acérrimo competidor del príncipe Bibesco, pariente suyo, que lo elevó á la dignidad de bach-boyardo, y él ha recibido el gobierno de Bukarest del príncipe Stirbey al dejar la Valaquia.

Como el clero ruso, el clero inferior de Valaquia es grosero é ignorante, vive en las tabernas, mezclado

siempre con lo mas infimo del pueblo, del cual no se distingue en nada. Este estado de ignorancia y degradacion le impide todo ascension sobre las gentes á quienes debia moralizar. Estos clérigos tan poco ó nada instruidos tienen á su cargo la educacion de los niños. Todo lo que puede aprender el hijo del pobre es á leer, escribir, y algunas cuentas.

Cuando hace buen tiempo, la escuela se traslada al cementerio, á la sombra de alguna acacia, árbol querido en las orillas del Danubio. Los muchachos semidesnudos se sientan sobre los sepulcros, en medio de esas cruces singularmente pintadas del



Costumbres valacas. — Frutero de Bukarest.

rito griego, mientras que un viejo papá, como todos los señores de los demás países, duerme á la sombra de móvil ramaje.

El pueblo bajo de las ciudades conserva aun sus antiguas costumbres, y defiende el traje, y el terreno de la Rumania palmo á palmo. No puede consentir en llamar rumano al ciudadano que se viste á la moderna, y si no es boyardo el que lo lleva, le dirige el epíteto, injurioso entre ellos, de Niems (Aleman).

El barbero conserva limpio de toda mezcla su carácter, en medio de la corrupcion universal. Todavía es el Figaro español, salvo las pretensiones literarias; en caso de con-



Una escuela en Valaquia.

sulta el médico apela siempre con decision á su lanceta. En él se ve aun la presteza, la importancia del barbero de nuestros abuelos. Su tienda es el mentidero universal; en ella se trata de política, y allí podria conocer la policia la opinion del momento.

El sábado por la noche, cuando reina el silencio en la ciudad; cuando les apagan las luces de los faroles, que han de dejar el puesto al gas resplandeciente, las barberías se hallan iluminadas. Los reverberos de espejuelos proyectan las luces con variedad de cambiantes, y los chalanes, preparándose para el domingo, pueblan la tienda del barbero.

¡Cuántas veces, con el ojo pegado á un vidrio, he contemplado, en alguna encrucijada solitaria, esas escenas animadas que puede apenas representar un hábil pincel!

Figaro, mandando á media docena de mancebos, ocupa la presidencia; espe-



Una barbería en Bukarest.

cie de mandarin, capitán de policia, ó jefe de cuartel que deja á sus dependientes el trabajo mas menudo, mas insignificante.

El paciente mete la cabeza en una palangana, parecida á una lámpara de iglesia que remata en punta, guarnecida con una llave que cierra y abre un caño. Este aparato hidráulico puede moverse de modo que se pare sobre la cabeza del parroquiano por medio de un cordón que lo suspende en el techo. Un largo cuero que lleva el rapista á la cintura, le sirve para repasar sus navajas con la mayor soltura. El afeitador comprende toda su superioridad respecto del afeitado; por eso no es la mano ni el cuerpo del artista los que se prestan á los movimientos de la navaja, no; la víctima es la que sufre las evoluciones que se le imprimen. La nariz es el mango de la cosa afeitable, y el punto de apoyo del vaiven que se impone á la máquina. Unas

veces reclina la cabeza del parroquiano sobre su brazo; otras la coloca en la rodilla para la mayor comodidad del operador. Concluido el sacrificio, se dirige al parroquiano la siguiente pregunta: ¿La quiere Vd. fría ó caliente? y según su respuesta, un mancebo llena la vasija pendiente del techo, y pone bajo la barba del recién rapado una inmensa palangana, teniendo su cabeza inclinada hacia adelante.

Desde este momento el barbero anuda su conversación con los espectadores ó espectadores que fuman su pipa sentados circularmente; la espita del vaso gira; y el agua cae sobre la cabeza jabonada del paciente, que el barbero maneja, frota, refrota, vuelve y revuelve en todas direcciones, sin pensar en sus asperezas.

Peor que peor para los narigudos, para los de orejas largas; él lo toma como una bola para jabonar, ni más, ni menos. Toda reclamación sería inútil, y exponería al que las hiciera á tragar un poco de jabón. Al concluir alguna historieta, entre pregunta y respuesta, el barbero suelta al desgraciado operado, le echa una servilleta en la cabeza, y este, atolondrado, tropezando en los taburetes, pisando á los adláteres que gruñen, se refugia en un rincón delante de un espejuelo, donde repara el desorden de su vestido.

El tchiné-colo es la imagen verdadera del ente más desgraciado de la creación: él pasa la noche en la esquina de una calle, en el rincón de una plaza, envuelto en los harapos que ha podido recoger para defenderse del frío y de la lluvia. Los menos pobres encienden un braserillo que les sirve para calentarse las manos, arrecidas de frío, y así aguardan el nuevo día soñando en la felicidad de aquellos que pueden dormir en un lecho en un país en que la nieve cubre el suelo por espacio de cuatro meses. Ellos gritan: tchiné-colo (que es el guarda nocturno, el sereno.) ¿quién vive? y el simple pasajero responde: hom boun (hombre de bien), y el gran boyardo dobitocoule (animal). Si el pobre sereno se duerme, una ronda de policía le despierta con un diluvio de palos, invitándolo á ir al día siguiente á la *vornichia*, á recibir otra paliza. La Valaquia debe estos elementos dulces de civilización, estas instituciones, á la protectora Rusia. Si el cocinero sala demasiado la sopa, se le envía á la *vornichia*, y según la carta de recomendación que lleve, se le administran tantos ó cuantos palos para que aprenda mejor el arte de cocina, y si la falta es grave, se queda arrestado hasta que se le reclame, sujetándolo al régimen de la casa, es decir, á veinte palos por la mañana, veinte al mediodía, y veinte por la noche. Si el deponente olvida á su cocinero, al cabo del tiempo se le restituye, flaco como una momia, pero flexible como un guante.

¿Cuándo saldrán tan ricos pueblos de situación tan aflictiva? ¿Seguirán siendo siempre blanco de ambiciones extranjeras, campo de batalla de injustos agresores? ¿No ha de llegar el día en que puedan vivir en paz y con la felicidad que promete un fértil suelo sus desgraciados habitantes? ¿Cuándo ha de cesar la ocupación que los agobia y arruina, sin haber dado para ella el más leve pretexto? La Europa toda, ó la occidental al menos está en el caso, por no decir en el deber de responder con autoridad á estas preguntas, en el de dar pronta solución, reclamada por su honor, á tan grave conflicto, si por ventura preside aun en sus consejos un sentimiento de humanidad, una idea de justicia, de moralidad verdaderamente cristiana.

EL DANUBIO.

Desde la frontera de Hungría, el Danubio está defendido á la orilla izquierda por piquetes escalonados á las márgenes del río. Estos puestos están contruidos casi por un mismo modelo. Una cabaña rústica, cubierta de paja y de cañas, extiende su techo sostenido por algunos puntales con el objeto de que sirvan de paseo al cuerpo de guardia y de abrigo al centinela contra la lluvia y los rayos del sol. Una larga lata, rodeada de un cable embreado está á algunos pasos del puesto, y el vigía puede, prendiéndole fuego, dar la alarma al puesto vecino que lo trasmite: medio económico que se remonta al sitio de Troya por lo menos, pues que esta misma señal transmitió de los promontorios de Sextos y Abydos la noticia de la toma de Ilión, haciendo saber á Aylémestra trémula en su palacio Mycenas la vuelta temida del rey de reyes.

Los turcos han utilizado este medio de rápida comunicación. Para comprender la dificultad del paso del Danubio bajo el fuego enemigo, y los peligros del cuerpo que inicia el ataque, bastará saber que el Danubio, uno de los ríos más impetuosos de la Europa, tiene habitualmente, desde las puertas de hierro ó de Trajano un cuarto de legua, ó media legua de ancho, que su curso es entorpecido por corrientes y remolinos que hacen difícil y expuesta su navegación, por fin, que las dos orillas tienen una elevación media de treinta pies, de un aboraje penoso por la naturaleza movediza del terreno arenoso que forma el inmenso territorio de aluvión de la Valaquia, y de una parte de la Bulgaria en la orilla opuesta. Estos obstáculos han sido superados por los turcos recientemente al pasar el río, manteniéndose á pesar del fuego del enemigo en la orilla izquierda.

Rushtuk y Silistria son los dos puntos importantes de la margen musulmana. Silistria ha resistido en la última guerra los ataques vigorosos de los rusos, mientras que Rushtuk cayó en su poder, y fué desmantelada como Kustendje, como Giurgewo, y todas las plazas abandonadas por los rusos en virtud del tratado de Andrinópolis. Pero Rushtuk puede ponerse fácilmente

en estado de defensa, y los turcos acaban de hacer obras avanzadas que la defienden. La orilla por Rushtuk es escarpada; una calle rápida baja al puerto donde viven los negociantes, y existen los almacenes y arsenales de marina. A media hora de la ciudad comienzan las primeras montañas que marcan el límite del valle de Valaquia, haciendo notar la proximidad de los Balkanes. De una de sus cimas puede Omer-Bajá ver con un telescopio los movimientos de las tropas rusas desde el observatorio militar que ha hecho construir; inmensa ventaja que da quizá la clave del buen éxito de muchos de sus atrevidos golpes de mano.

Estas fértiles y bellas comarcas son asoladas, como la campiña de Roma, por la fiebre, y pocos son los extranjeros que se libran de este azote. Un ejército tan mal mantenido como el de Rusia debe casi desaparecer en un tiempo dado; los trece mil soldados que se dice que existen en los hospitales de Bukarest no parecen exagerado, y es probable que se duplique muy pronto. La fiebre no suelta con facilidad sus víctimas, y el único remedio consiste en abandonar el país. Un medio higiénico sería detener á las puertas de la ciudad las sandías y pepinos que los rusos devoran con avidez, y que vienen en inmensos convoyes, que forman luego montones en las plazas y sitios concurridos, desapareciendo detrás de ellos el frutero, que come y vende al mismo tiempo su mercancía.

Yo, que he vivido tantos años en medio de aquellos hospitalarios y pacíficos rumanos, que tengo entre ellos tantos y tan buenos amigos, hago los más fervientes votos por su prosperidad, por la conclusión de sus padecimientos, esperando en fin que la Europa pondrá honroso, eficaz y duradero término á querellas que provoca la ambición, y que hacen sufrir á la inocencia y la justicia.

Amor.

Quand tout le monde est bossu la belle taille devient la monstruosité.

(BALZAC.)

*What are you?
Y am á man.*

(SHAKESPEARE.)

I.

La civilización ha cabado una tumba más. A su contacto el amor ha muerto. Ya no es sino un ilustre difunto. Los sentidos quedan, el galanteo subsiste, la coquetería vive, el amor propio reina, y reina como siempre, sumo imperante, pero el amor ha fallecido, y sus apariciones no son más que apariciones.

Su tránsito por el mundo es la más maravillosa de todas las historias maravillosas: á su imperio nadie ha resistido: nuevo caballo de Atila, donde ponía su planta no tornaba á brotar yerba, y semejante á la muerte, también del amor podía decirse *equo pulsat pede pauperum tavernas requinque turres.*

Como acaece con todas las cosas grandes sublunares, ignorábase su procedencia y el día de su nacimiento; nadie sabía á ciencia cierta si lo habían medido en cunas de marfil ó en cuévanos de mimbre: si lo arrullaron los ángeles ó lo destetaron los demonios: si fué obra querida de Dios, ó engendró malaventurado de Satanás.

Ni por aquella máxima de Saulo, que encuentra en los efectos el criterio de la bondad de las causas y de la pureza de los orígenes, podíanse tampoco soltar estas dudas ni despejar estas dificultades.

Los tocados de amor, como los tocados de demencia, recorrian toda la escala de las ideas, de los sentimientos y de los efectos. Nadie pudo marcar las fronteras del genio y la locura: ninguno supo tampoco fijar los límites entre el amor y el odio.

Labrando la felicidad, abría las puertas del alma á la desdicha, ensanchando el corazón debilitaba sus resortes: aguzando el entendimiento volvía irritable: y si descubría nuevos horizontes al espíritu, en los anchos cielos que desplegaba á su mirada, la luz y las tinieblas peleaban en un rudo y desastrosísimo combate.

Cuanto aconteciera al alma, reflejábanse en el cuerpo. A la flexibilidad y dulzura oponíanse, contrastándolas, el abatimiento y la postración. A la limpidez seráfica de la mirada, el sombrío contorno de los párpados; á la fluidez de los sonidos de la palabra, un dejo amargo y extrínseco en la pronunciación. Los amantes y las amadas así se asemejaban á las sombras tétricas errantes de la mitología helénica, como á las almas bienaventuradas melancólicas del cielo cristiano.

El alma enamorada moraba en todo el universo, y en su indefinida peregrinación por todos sus extensos, prodigiosos ámbitos respiraba las auras del Paraíso; la atmósfera de azufre del infierno: oía los cánticos de los querubines, las blasfemias de los demonios, se extasiaba en extática contemplación ante la faz incommunicable de Dios, y se revolvía en las crudelísimas angustias de una agonía sin muerte ante el rostro nefando de Luzbel.

Así es que la máxima de San Pedro no daba frutos.

II.

Adolescentes de germánica prosapia, de color lívida y blanda cabellera, doncellas de ojos azules, de mirada

vaga, de pecho palpitante, seres amantes, corazones tiernos, ángeles que cruzais por este mundo, leves como el deseo de la inconstancia, suaves como la hoja de una rosa, puros como el pensamiento de una virgen, almas usurpadas de la mansion de Dios por el celo malevolente del príncipe del mundo, según Job, no lanceis contra mi espíritu el anatema de vuestra indignación si la provoca mi filosofía. Llorad, sí, sobre la tumba del amor las lágrimas del deseo sin esperanza, porque el amor ha muerto, y pues que yo no he sido su asesino, sino ántes bien su Jeremías, lejos de merecer vuestra maldición, me hago al contrario acreedor á vuestra benevolencia.

Nada digo ó la humanidad meridional, á las hermosas de tez morena y ojear de fuego, á las que arrebatan con su palabra mágica, con su andar de bayadera, con su chispeante trato, con el aroma embriagador en que se mecen sus almas y sus cuerpos, ni tampoco á los apuestos donceles de estirpe árabe, de complexion atlética y de sangre hirviente y bulliciosa. El amor meridional (*dæmonium meridianum*) fué, es y será siempre. No es sentimiento, es sensación; no es sueño, es realidad; no vive vida de espíritu, sino vida de deseo; renace como el fénix de sus propias cenizas; es común á cuantos seres pisan la tierra, rasgan los vientos, surcan los mares, poblando el universo. Tiene cura cuando enloquece al que lo siente, y está sujeto á la higiene, á la patología y á la terapéutica.

III.

Para los pisaverdes y galanteadores, para los que cultivan la planta del requiebro y del floreo, para los que cruzan las calles y las plazas en perpetua incansable ronda, para las jugadoras de miradas y palabras tiernas, para los y las que representan á porfia en sociedad la caricatura del amor, dándole las formas de la insipidez, de la coquetería ó del amartelamiento, nada hay perdido. Eso á que llaman amor no es lo que ha muerto. Durará mientras duren la vanidad frívola, la coquetería presuntuosa, el multiforme amor propio, el *guitarreo* de los nervios, la afición al dulcísimo *far niente di buono* y la institución del matrimonio, á un tiempo santuario de la familia y tumba del individuo.

Nada han perdido tampoco los fabricantes de papel y los que tienen por encargo providencial sobre la tierra desempeñar el ministerio de la moda con todas las inmensas oficinas de sus innumerables afeites. Mientras existan hombres y mujeres no perecerán los *dandies*, las *línas*, los *carsis*, y nunca dejará de haber espejos, ilusiones, billetes, anteojos, modistas, cartas, sastres, esquelas, peluqueros, perfumistas y demás sacerdotes y monacillos respetables del más ridículo de todos los dioses del Olimpo, el cual, aunque pasa por el dios del amor, es sin embargo inmortal, porque el amor á que preside no es el que ha muerto.

Don Cupido con su venda, con su aljaba y con sus flechas, niño de viveza ratonil, sandío de suyo, atreviduelo, empalagoso, entremetido y descortés, vivirá eternamente. Es el prototipo del *pollo Proteo*, especie impeccedera en la raza de los *bipedos* sin pluma.

Ni tampoco os conturbeis vosotras, las *primorosas* de quince para veinte ó veinte y cinco. Vuestros amores no están emparentados ni de afinidad siquiera con el real difunto. No vistais lutos. Libres sois de continuar vuestros juegos de costumbre. Manuela, Marta, Inés, Clotilde, Berta, proseguid la entablada correspondencia, no descuideis la ortografía, mantened aunque me leais, las relaciones que os tienen distraídas. En nada cambie vuestra táctica tradicional. Al Circo y al teatro Real: al Prado y á la Fuente Castellana: cultivad la *zarzuela* que es la fórmula dramática de toda época trágica. No olvideis la polka, la redowa y el valsar: no vayais á dejaros en casa el abanico y el pañuelo: no perdais la pista al triunfo de oros. Escarcead, escarcead, escarcead. Mucho escarceo. Sea vuestro decálogo el de siempre.

Amar el matrimonio sobre todas las instituciones sociales.

No afirmar nunca «de este agua no beberé.»

Exhibirse donde haya gente.

Honar los suegros posibles en gracia de los yernos probables.

No administrar nunca calabazas definitivas.

No perder la querencia á las artes del toreo, practicando con cautela las sabias reglas de un tira y afloja prudente.

No rendirse desmayadas, ni osar presuntuosas.

No abusar de la mentira, ni poner en descrédito la falsedad.

No desear sino con moderación el novio ageno.

No codiciar más que lo codiciable.

Pero... Manuela, Marta, Inés, Clotilde, Berta, vuestros amores entretienen, distraen, pican, hieren, veranean, estimulan, alegran, solazan, dan alas al tiempo, conversación á las gentes, pasto á la novela, gusto al mundo, parroquianos á las tiendas, vuelo á la industria, que hacer á los párrocos, que contar á los casamenteros (corchados importunos), y ciudadanos á la patria. ¿Qué más queréis? Tranquilizaos, vuestros amores no han muerto. Seguid y proseguid dándoles, si gustais, el mismo nombre.

¿Cómo han de morir si ellos son al cabo la trama tradicional de la sandia vida humana?

IV.

Los abonados al teatro de la vida mundanal nada

han perdido, nada tienen que lamentar tampoco. Anden su concurrido camino. Que hinchadas las velas de su vanidad por vientos de fortuna, logre próspero viaje su deseo. Séales luego la memoria leve, y no se tornen remordimientos sus recuerdos al fin de la jornada. Hagan, sin embargo presente que, como dice no sé quién, «las debilidades y flaquezas humanas son esencialmente guerreras; no comportan la paz, ni dan tampoco treguas: lo que ayer les acordasteis, hoy, mañana y siempre lo seguirán exigiendo; de las concepciones hacen su imperio, y sin cesar van dilatando sus fronteras.»

V.

Pero, María... ¿me oyes desde el sepulcro?

Alcese tu losa funeraria. Cáiganse las coronas de siempre vivas que la enoran. Hágase luz en tu tumba. Abandone el aliento de los difuntos, los aires del campo-santo en que tú moras. Salte á tierra tu sombra. ¡Viste las formas del sér, recuerdo mio! Aparece, María, y no desoigas mi fervorosa plegaria.

¡Ángeles del imperio de la nada! batid las alas, y franqueadla paso.

Abre; oh puerta fatal! tus negros quicios
Déjame entrar en donde yace aquella,
Que quiero por los húmedos resquicios
De la tumba mirar mi muerta estrella.

BARON DE BIQUEVAL.

Yo te miro, eres la de siempre. Bella como el alba. Melancólica como la predestinación. Todavía está en tu frente estampada la huella del dolor. Tu mirar es el mirar de la esperanza que recela, y del recelo que espera. Andas como andabas, vacilante y sin afinar las plantas. Sonríes como sonreías. Es aun tu sonrisa, sonrisa de duda y de cariño.

María, Dios te guarde y seas la bien llegada. Perdona que no haya gastado contigo todas las fórmulas de la evocación cumplida allá en usanza por los siglos medios, cuando los vivos andaban en buena armonía y frecuente trato con los muertos. No soy erudito, y por desdicha las ignoro. Sino, empleándolas en el caso presente, siquiera en gracia de lo mucho que creí quererte cuando pertenecías al mundo de los vivientes. Por otra parte, el nuevo procedimiento anglo-americano, el de silabeo, por golpes, es tan cansado, que aunque aseguran multitud de doctores, y no doctores alemanes, americanos y franceses su eficacia, no me encuentro con flemma bastante para ponerlo en uso.

Mas, dejando á un lado cuestiones de etiqueta, ruégote, María, que me escuches atentamente, y luego te convencerás de que nuestro amor ha muerto, de que el amor por mejor decir nunca ha existido.

¿Recuerdas nuestras cartas y conversaciones? Voy á reasumirtelas, y en dos quedarán todas ellas refundidas en síntesis perfecta.

A MARIA.

Mi vida, bien de mi alma, sueño de mi deseo, pasto de mi esperanza, sea el Señor de los ángeles contigo, y solicito él siempre te custodie. Mi existencia, antes de encontrarte en el camino que ando por la tierra, se revolvía en el vacío. Allá en los últimos misteriosos pliegues de mi alma, no sé qué espíritu vertiginoso se agitaba formulándose en deseos sin nombre, en esperanzas sin objeto, en pensamientos sin raciocinio, y en sensaciones sin sentido. El mundo era todo sombras, y como el poeta inglés, yo también me iba convirtiendo en sombra. Mi corazón era caos, mi ánima tinieblas. Tú has puesto el orden en mi sér, y al acento de tu palabra mi pecho se ha estremecido de deleite sintiendo brotar en su seno el sentimiento inefable de la armonía.

María, tú me eres cielo y tierra: junto á tí, tu persona; y lejos de tí tu imagen inundan mi alma con la dicha inenarrable del bienaventurado. Paréceme haber muerto al tiempo y nacido á la eternidad. Todo, excepto tú me había. El mundo ha desaparecido para mí. Tú eres el universo en que ahora habito.

¡Ay! si no poseyera en mí fe la fianza mas segura de tu cariño, yo acaso llegara á tener por imposible que tu corazón respondiese á mi corazón, que tu inteligencia comprendiese mi inteligencia, que sintiera tu alma como la mía siente.

A MARIA.

Ayer noche todo era movimiento y oleaje de vida en torno de tí. ¡Magnífico, espléndido sarao! El demonio de la hermosura temporal había vencido al ángel de la belleza eterna. Todo embriagaba: los acentos satánicos de Straus; los vapores del Rin, del Jerez y del Champagne; el crugido de la seda, la brisa de las blondas y de los encajes; el brillo deslumbrador de las pedrerías; el sonido contagioso de las danzas; el agitado insensato bullir de las gentes. Sin duda el ángel caído presidia á los destinos de la fiesta, y tú sucumbiste deleitándote, mareada tu vanidad por los effluvios de tanta magnificencia y tanta pompa, á su poderosa mágica fascinación. Lo sé. Anoche no me amabas. Los vapores de la tierra enturbiaron los lípidos cristales de tu

alma, y tu pureza de virgen huyó al cielo á refugiarse bajo las alas de los serafines.

Has trocado mi paraíso en infierno. María; ya no oigo pronunciar, sino como en la mansión del ángel caído, palabras de nefanda blasfemia, protestas de sacrilego encono, y lamentos de pesar sin esperanza. Jamás podré perdonarte, porque comprendo que en lo íntimo de mi sér jamás tampoco dejaré de amarte.

Ahora bien, dime, sombra ó recuerdo, dime, aparición evocada, verdad; ¿qué tales eran las dos fases del que llamábamos nuestro amor?

VI.

Pues lo que llamábamos nuestro amor era una ilusión óptica, un alucinamiento del alma, un juego de sentidos, una fantasía de la voluntad, un suave sueño, y á las veces una horrible pesadilla. Tú me exigiste un juramento, y cumpliéndolo voy á revelarte la amarga verdad.

Yo nunca te amé: tú jamás me amaste.

El que afirme la existencia del amor recíproco es un poeta ó un impostor, y en todo caso merece calabazas.

Hasta aquí á ese sentimiento inefable, á esa pasión arrebatadora, la humanidad, dándole un nombre, le ha comunicado una realidad que no poseía.

En tí no eras tú á quien yo amaba, sino á mí mismo, á la *personne de moi*. ¿Tú qué eras sino el espejo en que se reflejaba mi alma devolviéndome la imagen de mi deseo? Yo ¿qué era sino el eco que te devolvía tu propia voz?

Tú eras una creación mía, y yo adoraba á fuer de autor en mi libro. Yo era una obra tuya, y tú te extasiabas contemplándola cual artífice solicitado.

Si tu mirada érame rayo de luz que calificaba la vida de mi corazón, ¿quién sino mi esperanza, quién sino mi fé, quién sino mi deseo le comunicaba el sér y la eficacia? Si mi palabra abría á tu espíritu las puertas del cielo, ¿quién sino tu poder tornaba poderosos mis acentos rudos?

Conversaba contigo, y cuando creía verte y oírte, y conocerte y sentirte, desdichado juguete de la ilusión, á quien veía, oía, sentía y conocía, era á mi *idea*, idea que el azar, emperador del orbe había vestido por antojo con tus carnes y vivificado con tu sangre.

Prestábase todo aquello que mi alma necesitaba con necesidad poderosa, te eugalanaba con mis deseos; entretegia tu sér con los despojos de mi pensamiento; comunicaba á tu corazón todos los ardores del mio; te traspasaba, en fin, mi existencia.

Tú, cuando juzgabas con sinceridad adorarme, eras también víctima inocente del error. Yo no era sino el pobre altar en que rendías culto á tu imagen, quemándola incienso con la profusión y el enternecimiento que todo ser se ama á sí mismo.

El amor no ha existido en el mundo sino mientras la humanidad ha recorrido la fase de su vida espontánea, y como dicen los filósofos *inconsciente*. Entrada ya en las vías de la vida *consciente*, la ilusión se ha disipado, y el hombre como en pena de haber descubierto el velo que escondía la verdad, ha perdido una de las *manneras de ser* mas extraordinarias que existen.

Sea esto un bien ó un mal, ello es lo cierto, que en una época en la cual todo hombre calcula y reflexiona desde que sale al mundo (y cuando salga, díganlo los pollos que hoy se estilan) se ha hecho imposible la creencia en el amor recíproco.

Antes la fe lo evocó del país *du Tendre*. Hoy el análisis lo ha dado pasaporte para el otro mundo. ¿Cómo ha de ser? *Requiescat in pace*. ¡Qué de vueltas das mundo! ¡Qué de giros vas tomando, inteligencia! ¿Cuál será la evolución final de eso que llaman corazón humano?

En su tiempo Platon distinguía dos Vénus. La una llamada Urania ó celeste, que es la mas antigua hija del Empíreo, y cual Minerva, sin madre. Urania desdén los placeres y engendra la virtud comunicando fortaleza al alma. La otra es la vulgar: llamábase Aphrodita. Debió el sér á Júpiter y Dione, y vertieronla al mundo las espumas de los mares para que fuera dominadora de sentidos, conturbatriz de la tierra, y azote de las gentes.

Urania ha muerto. Séale la tierra leve.

Aphrodita goza de muy buena salud, y de cuando en cuando suele por capricho andar por la tierra, disfrazada con los trajes de la difunta.

Por esta Aphrodita hubo de decir sin duda aquel antiguo: «la mujer es el mas lindo defecto de la naturaleza».

VII.

Aquí pongo fin á mi *razzia* humorística por las variadas comarcas del país *du Tendre*. Aventurero de pensamiento y emprendedor de raza, á impulso de los instintos de la *verde Erin* que aun se agitan en mi sangre, he dado rienda suelta á mi pluma caprichosa y aun no domesticada por el *arté*, sin cuidarme de las mal nacidas y estiradas conveniencias que pasan por literarias. ¡Viejas coquetas! ¡Lector! ¡qué paciencia la tuya, pero también que cachaza la mía! Porque á la vuelta de todo, ¡qué diantre! no eran menester tantas palabras ni tanto tiempo para descifrarte el sentido filosófico de aquel remedio gimnástico de la Grecia, de aquel remedio tan heroico que ó curaba radicalmente del amor, ó ponía fin á la vida del amante.

No eran menester tantas palabras ni tanto tiempo para sentar estos aforismos.

El amor ha muerto. La humanidad ha dado el gran salto de Leucades. El salto de Leucades es el análisis.— Vale.

ISIDRO WALL.

Jerez de la Frontera.

Me habia propuesto escribir mis impresiones de viaje en Sevilla, pero permanecí tan poco tiempo en esta ciudad, que no pude dar cumplimiento á mi propósito. Hoy voy á desquitarme hablando de Jerez y de su rico vino.

Al otro día de mi llegada á esa población, salí por aquellas calles buscando algun monumento curioso y pintoresco que dibujar, pero solo encontré grandes, enormes bodegas cuyos techos en punta me ofrecían muy tristes perspectivas. Sin embargo no sentí el tiempo perdido, pues por las anchas ventanas de estas bodegas se escapaba un fuerte perfume que embalsamaba toda la ciudad y que yo saboreaba con un sensualismo insaciable, mientras podía añadir al ménos el néctar que lo producía.

Iba yo siguiendo una larga calle á cuyos lados ví dos grandes puertas simétricas que me hicieron presumir que ambas pertenecían á un solo establecimiento. El olfato dirigió mis ojos, y me volví á la que correspondía á las bodegas; en la otra se oía un ruido estrepitoso de clavar barriles.

El establecimiento á donde me dirigí pertenecía á un francés, M. P. Domecq que me permitió visitar sus hermosas é inmensas bodegas con sus dependencias, y fué bastante amable para dejarme sacar tambien algunos dibujos. La idea de escribir este artículo se me ocurrió viendo la grande importancia que tiene en Jerez el comercio de vinos.

El vino de Jerez entró en el comercio por los años de 1720; antes de esta época, si existía era solo para el consumo de la comarca. Hoy difícil seria decir quien fué el primero que le exportó; lo que sé es que el fundador de la casa actual que indico mas arriba, fué uno de los primeros que comprendió su valor, por lo que Fernando VII otorgó á esta casa el privilegio exclusivo de estampar las armas reales de España en sus pipas de vino.

En un principio, la cosecha de este vino era escasa, pero desde hace mucho tiempo, es por el contrario considerable. En el territorio de Jerez se cultivan hoy unas doce mil fanegas de viñas que producen por término medio de 30 á 35,000 botas de 500 litros.

El comercio de vinos, en un país donde la tierra está muy poco dividida, y donde la agricultura y la industria no se hallan muy adelantadas, se hace por los mismos cosecheros, que también cultivan sus viñas y hasta fabrican sus toneles.

De aquí resulta que los establecimientos necesitan ser considerables. Las viñas de M. Domecq que se hallan reunidas en un rico terreno, presentan una extension extraordinaria; en su cultivo se emplean unos 900 ó 1,000 jornaleros que van de diferentes puntos y se alojan y alimentan en la misma viña mientras duran sus tareas en los edificios que se ven en el dibujo adjunto de esta posesion de M. Domecq.

En el dibujo á que me refiero he representado una cuadrilla de 12 hombres con su capataz correspondiente como lo tienen todas, que llevan en la cabeza las tinetas llenas de uva que acaban de vendimiar. En esos edificios que se ven medio ocultos entre los árboles, además de la bonita habitación del amo, los lagares y la bodega donde se deposita el mosto, hay una capillita para oír misa los domingos con una hermosa sala que sirve de dormitorio en el invierno. A una de las extremidades de esta sala hay una inmensa chimenea donde se reúne la gente por la noche á beber un trago y á bailar una jota ó un fandango con acompañamiento de castañuelas y de guitarra.

En el verano el jergon que suministra el establecimiento bajo la hermosa bóveda azul del firmamento, y el jornalero duerme allí envuelto en su manta, que lleva consigo á todas partes. También hay una cocina con todos los utensilios necesarios para el ejército de trabajadores; la comida se compone de un cocido con los indispensables garbanzos, y la merienda de un gazpacho fresco; cada jornalero lleva consigo su cuchara.

En España se acostumbra á encerrar el vino en pellejos; pero como el pellejo deja mal olor en el líquido, las casas dedicadas al comercio de vinos en Jerez, para evitar este inconveniente, se fabrican ellas mismas sus botas ó pipas con el mayor esmero; la madera que sirve para este fin se halla muy bien escogida y trabajada, y antes de echar el vino, cada tonel permanece muchos meses lleno de agua que se cambia á menudo para quitar todo gusto á la madera.

Adjunta va también la vista de un taller de tonelería de M. Domecq, por la cual se podrá formar una idea de la importancia de estos establecimientos. En el otro taller de toneles de M. Domecq mas grande que este, hay un mirador hecho con duelas nuevas expuestas al aire para secarse; el interior de este mirador, todo calado, es imposible de atravesar sin un guía; desde lo alto se descubre todo Jerez, y ha sido construido por aprendices en las horas de descanso.

Para terminar la enumeración de las diferentes par-



Fabricacion del vino de Jerez. — La vendimia.

tes de un establecimiento de comerciante de vino de Jerez, me queda que hablar de las bodegas á donde se encierran y conservan los vinos. Estas bodegas, muy bien ventiladas para facilitar la evaporacion, son todas iguales, y solo se diferencian en su extension. Por lo general son muy grandes, pues deben contener: 1.º cuatro ó cinco cosechas; el vino no se vende jamás sin que tenga cuatro ó cinco años; 2.º los vinos añejos, y 3.º lo que se llama las *madres* que se conservan incesantemente en cantidades iguales.

Tambien pongo aqui el dibujo de una de las cuatro bodegas de M. Domecq que contiene, formadas en tres ó cuatro hileras 3,000 botas de 30 arrobas cada una; la arroba se vende por término medio á 14 pesos fuertes,

de modo que el capital de M. Domecq es inmenso.

No hablaré aquí de los diferentes trabajos que exigen las viñas, porque sería muy largo, y quizás poco interesante; ocho son las operaciones comprendida la vendimia en la cual voy á detenerme un poco.

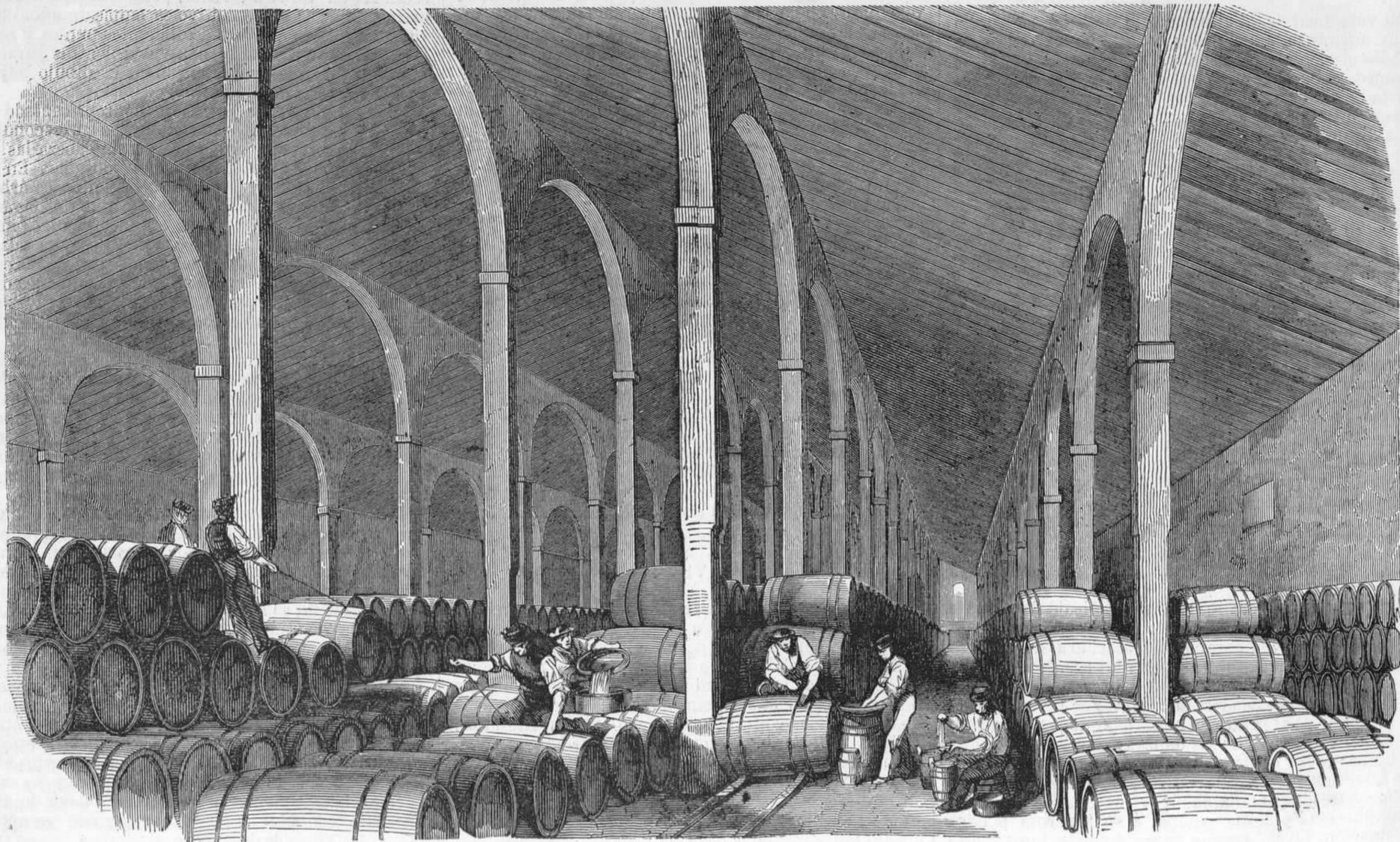
Las diferentes clases de uvas que se cultivan en Jerez producen diferentes clases de vino; la uva se coge separadamente, y á fin de que el vino sea mejor, se escogen siempre los racimos bien maduros, de modo que para vendimiarse completamente una viña, hay que recorrerla muchas veces.

Cogida la uva se la extiende en una estera en un sitio dispuesto para este fin cerca de los lagares y de modo que el sol pueda secarla y se evapore toda su parte

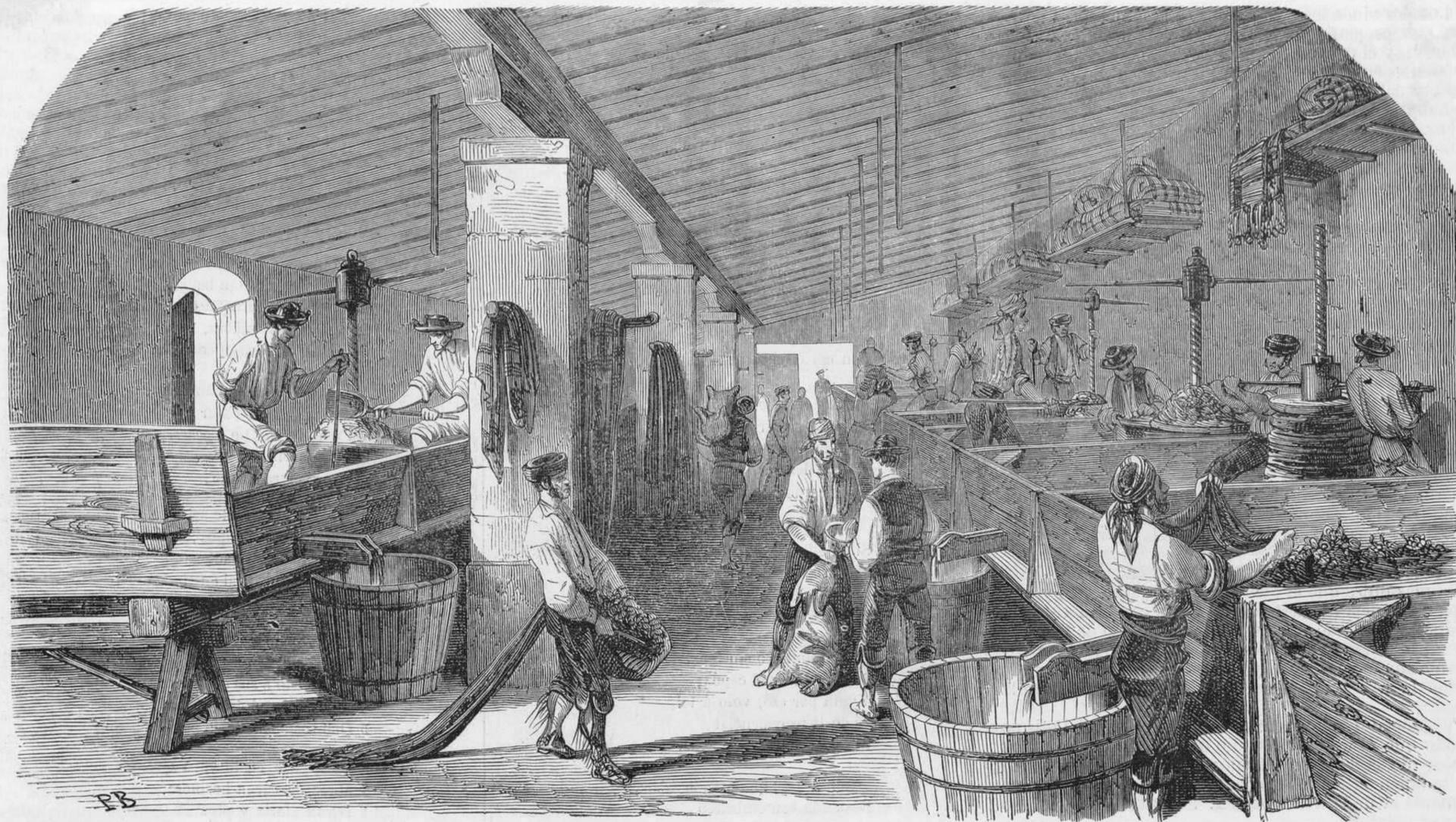
acuosa. Así se queda por espacio de diez ó doce días según la fuerza del sol y según la clase de uva. Todos los días se vuelven los racimos, y por las noches se tapan con otras esteras.

Cuando se cree que la uva está ya bien seca, se mete en los lagares para pisarla; aquí pongo también un dibujo de los lagares de M. Domecq cuyo juego se comprenderá fácilmente; el mosto que produce esta operación se echa al instante en botas para que fermente.

Por el mes de enero cuando la fermentación se ha concluido ya, y el mosto se ha vuelto vino, se trasiega, y se deja que se haga, hasta que alcance la edad de la exportación, esto es, cuatro ó cinco años. Algunos cosecheros suelen trasiegarle por segunda vez al cabo de



Fabricacion del vino de Jerez. — La tonelería.



Fabricacion del vino de Jerez. — Los lagares.

uno ó dos años, pero otros consideran este segundo trasiago como peligroso, ó por lo ménos inútil para la buena marcha del vino.

Cuando llega á tener el tiempo requerido, se clarifica, operacion que se hace del modo siguiente: se deslien en veinte claras de huevo dos puñados de una tierra particular que hay en Jerez; el barro que se forma se echa en la bota, y despues, á fin de que se mezcle con el vino, se menea vivamente y largo tiempo, con una larga vara de hierro que tiene en la punta un poco de cerda como un escobillon.

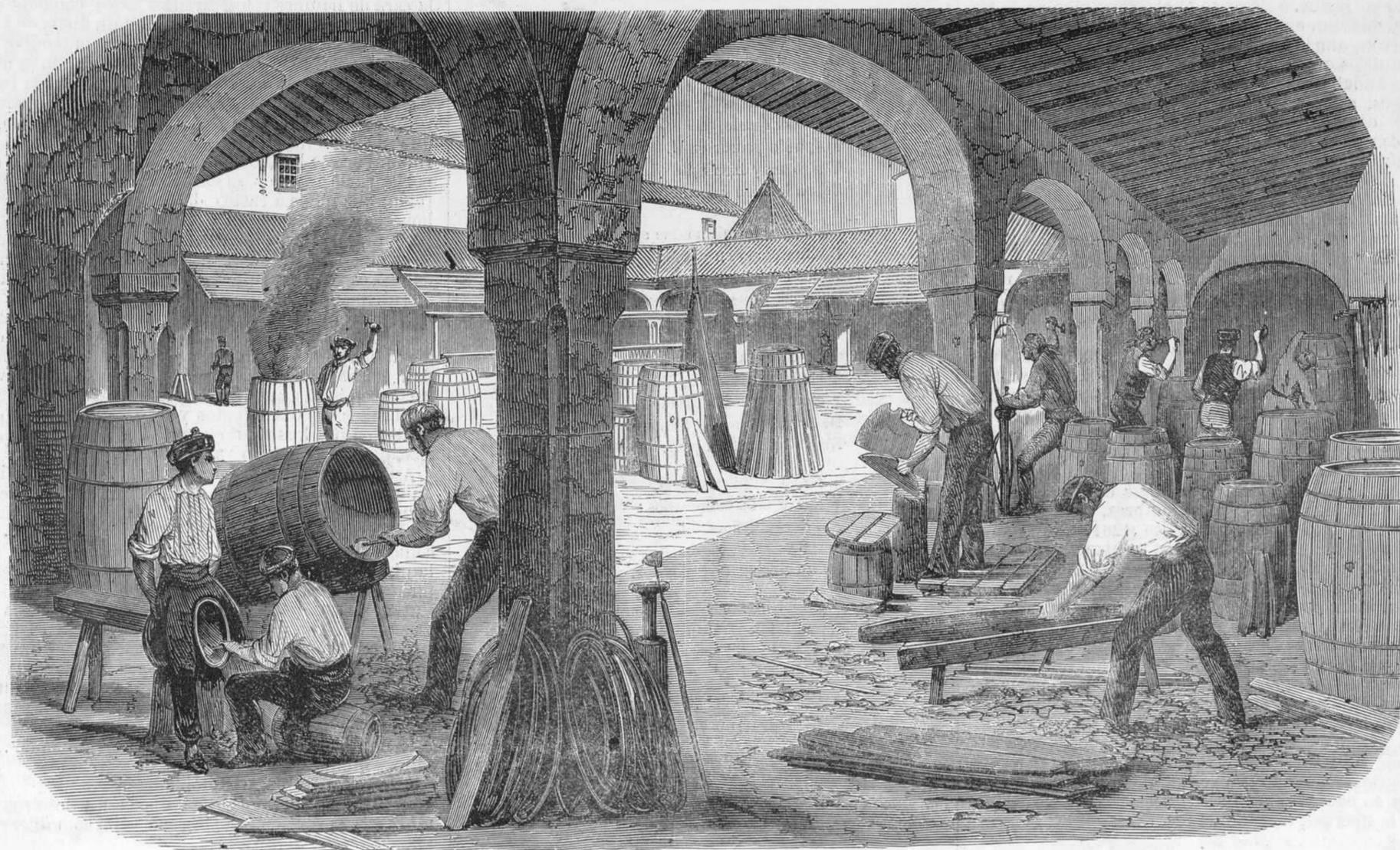
En el dibujo de la bodega de M. Domecq, he representado dos hombres acurrucados sobre dos toneles y meneando el vino; otro de pié haciendo el barro con

las claras de huevo y la tierra, y otro separando las claras de las yemas, que venden á los confiteros. Despues de sacudido el vino como he dicho, se trasiega á otra bota.

Hecha esta operacion se añade una cierta cantidad de vino-madre, ó vino muy añejo, tipo eterno de la calidad que produce cada cosechero, y que se conserva con el mayor cuidado, pues representa la fortuna de la casa.

Este vino-madre es para el vino nuevo, lo que es la levadura para la masa; le da el principio de su calidad superior, y la direccion que debe seguir para llegar á ser bueno y fino. Cada año la cantidad de vino-madre que se gasta, se reemplaza con otra cantidad igual de vino añejo, aunque no tanto como el que se ha gastado.

Los vinos de Jerez, como todos los de la península, no podrian soportar la exportacion si no les diesen la fuerza necesaria; por lo cual ántes de exportarlos les añaden un poco de aguardiente, que equivale á una botella de este licor en cincuenta ó sesenta botellas de vino, cantidad sumamente pequeña, y que apenas es creible si se considera el gusto fuerte que tienen los vinos de Jerez; pero es de advertir que yo hablo del vino bueno, del que se vende caro porque es legitimo, y no de los que se imitan ó falsifican en San Lúcar, el Puerto de Santa María y aun en Málaga, que se venden mas baratos, pero que no tienen comparacion con los primeros. Estos vinos legitimos de Jerez se dividen en secos y dulces, con dos subdivisiones cada clase.



Fabricacion del vino de Jerez. — Las bodegas.

Los dos vinos secos conocidos con los nombres de *jerez seco* propiamente dicho, que los ingleses llaman sherry, y el *amontillado*. Estos dos vinos secos, aunque diferentes en color, olor y gusto, se hacen con la misma uva, y del mismo modo, tanto que muchas veces se llenan dos ó mas botas del mosto procedente del mismo lagar, y en unas el liquido se vuelve amontillado, y en otras seco. Esta incomprensible transformacion se opera regularmente en el primero ó en el segundo año, sin que hasta ahora nadie haya podido descubrir la causa.

El jerez seco tiene un sabor aromático particular, mas rico que el del amontillado y presenta tres colores distintos: paja, dorado, y dorado oscuro. Este último es el favorito de los ingleses que le llaman *brwn-sherry*.

El amontillado tiene un color de paja mas ó ménos oscuro, segun sus años; su gusto es mas seco y delicado que el del jerez seco, y recuerda un poco el sabor de la avellana y de la almendra. Este vino que, como acabo de decir, es producto de un fenómeno que suponen debe efectuarse en la fermentacion, es naturalmente ménos abundante que el seco, y hay años en que se produce poco ó nada. Por esto es mas caro que el otro, á igual cantidad de años. La palabra amontillado deriva de Montilla en las cercanías de Córdoba donde se coge un vino parecido á este.

Los dos vinos dulces de Jerez son el *pajarete* ó *pedro jimenez*, y el *moscatel*.

El primero se hace con una uva llamada *pedro-jimenez*, mas dulce que la que produce el jerez seco, y que además se deja expuesta al sol basta que casi se halla reducida al estado de pasa. Como el mosto de esta uva es mucho mas azucarado que el del vino seco, la fermentacion es mas corta y el vino se queda dulce. Sabe como la uva *pedro-jimenez*, y es igual en color á la pasa.

El moscatel se hace con la uva moscatel y del mismo modo que el pajarete. Como esta uva es todavía mas dulce que la de *pedro-jimenez*, el vino que produce lo es tambien mas que el pajarete, y su gusto es absolutamente el de la uva moscatel. Su color es mas oscuro que el pajarete.

El color de ambos vinos, lo mismo que el de los secos, se vuelve mas oscuro á medida que envejece, lo contrario de lo que se ve en los vinos de Francia.

El jerez legítimo puede considerarse indefinidamente en pipas, ó en botellas. En una bodega de M. Do neq he visto cinco enormes botas que tienen mas de un siglo, y que con solo verlas, se regocija un alma melancólica. Cada una de ellas tiene el nombre famoso de algun héroe del siglo que las produjo. Yo probé de la que se llama Napoleón; la llamada Wellington me habria envenenado probablemente; sin embargo me habria expuesto con gusto á este peligro, pero se halla reservada exclusivamente para los ingleses.

Quisiera tener que contar ahora alguna fiesta de los vendimiadores, pero no hay ninguna, y no es extraño, pues, ¿cómo pueden regocijarse tantos hombres solos, sin mujeres? Ya es mucho que se diviertan contando cuentos y tocando la guitarra. Las principales fiestas de toda la Andalucía se reducen á las ferias anuales, y cuando yo llegué á Jerez se habia concluido ya la de este pueblo. Sin embargo todavía encontré puestecillos de turrón, almendras, avellanas y tostones sin contar los buñuelos que venden los gitanos, y que tanto gustan en Andalucía. Muchas familias se reúnen á comer buñuelos, con el traguito de aguardiente de costumbre, y es raro que despues no se termine la funcion con un baile andaluz, uno de esos graciosos bailes teatrales, que se ejecutan allí á la luz de las estrellas.

He dicho al principio que en Jerez no habia encontrado mas que bodegas, y en efecto todos los monumentos se reducen á la catedral, bastante bien situada, pero no de un mérito extraordinario, y á la famosa Cartuja construida fuera de la poblacion en el siglo XV, muy rica antiguamente en cuadros de grandes maestros y en objetos de artes, pues que en el dia se halla casi abandonada.

Cerca de Jerez y á la orilla del rio Guadalete que corre al pié de la Cartuja, fué donde se dió la famosa batalla que lleva ese nombre, en la cual los moros acabaron con el imperio de los godos en España y afianzaron el suyo. Jerez fué una de las primeras ciudades que poseyeron, pero apenas quedan algunas como las del alcázar que atestigüen allí su poderío. Sin embargo lo que queda es suficiente para recordar un rasgo del espíritu caballeresco de aquellos hombres, y del encarnizado valor de los castellanos. En 1264 algunos años despues que don Alonso el Sabio se hizo dueño de Jerez que por entonces tomó el nombre de la *Frontera*, porque en efecto era la frontera de las posesiones de Castilla, los moros la atacaron y la tomaron de nuevo. Su defensor era don García Gomez, cuyos soldados habian muerto ya en su mayor parte, y la ciudad estaba próxima á perderse. Entonces no pudiendo remediar la idea de rendirse á los infieles, don García se adelantó solo á la trinchera ante los enemigos, y combatiendo como un león á pesar de las heridas de que estaba cubierto, les detuvo, hasta que por último los moros admirando su valor, y suspendiendo la pelea por esto mismo, lograron hacerle prisionero; cuando le tuvieron en su poder le curaron sus heridas, y le restituyeron á la libertad, cargado de regalos.

A. G.

A la señora dona Cruz ***

VIUDA DOS VECES,

ACONSEJÁNDOLE QUE SE CASE POR TERCERA VEZ (1.)

Cruz llaman al matrimonio,
Mas, por el Dios de la luz,
Que es un falso testimonio,
O sino, voto al demonio,
Que es muy ligera esa cruz.

Y digo que es muy ligera,
Porque, si fuese pesada,
¿Cómo, dí, posible fuera
Que yo dos veces te viera
Con esa cruz abrazada?

¡Oh! mucho debió, pardiez,
Placerte su carga hermosa,
Cuando una vez y otra vez
Fué tu delicia y tu prez
El dulce nombre de esposa.

No me muestres faz sañuda
Si en ello mi empeño insiste;
Mas cruz ligera es sin duda
La que, despues de ser viuda,
Llevar otra vez quisiste.

Ella alumbró sin igual
De esa viudez el capuz;
Y aun por eso, voto á tal,
Es en tí providencial
El dulce nombre de Cruz.

Dulce, ¡sí! que atando cabos,
Recuerda con embeleso
Lo de Cristo á sus esclavos:
« Dulce leño, dulces clavos,
» Que sosteneis dulce peso. »

¿Porqué vino para tí
Una segunda viudez?
Y ya que estás viuda así,
¿Porqué no te alientas, dí,
A ser esposa otra vez?

¿Temes que carga ligera
Sea al fin grave coyunda?
Suave fué la vez primera,
Y lo será la tercera,
Como lo fué la segunda.

Cásate, Cruz, que es hermoso
Volver á tan dulces lazos,
Y hay mas de un futuro esposo
Que quisiera venturoso
Crucificarse en tus brazos.

No te lo digo por mí,
Que crucificado ya
No puedo pensar en tí,
Y sigo muy bien así
Segun lo bien que me va.

Mas por lo mismo que soy
Desinteresado en ello,
Sanos consejos te doy,
Queriendo que rindas hoy
Tras los dos hombros el cuello

Yo como tú fuí casado,
Y como tú viudo fui,
Y al año y medio pasado,
De haber, ¡oh Cruz! enviudado,
Nueva cruz á Dios pedí.

Y oyó mi plegaria pia,
Y nueva cruz dióme Dios:
Ahí verás, señora mia,
Si somos hasta ese dia
De un mismo gusto los dos.

Mas si hasta aquí voy contigo,
No es así con tu querrela
Pues yo con mi cruz prosigo,
Y la abrazo y la bendigo,
Y tú prosigues sin ella.

¡Sin ella! Y así has de ir,
Cuando nuestro Dios amante
No ha cesado de decir:
« ¿El que me quiera seguir
» Toma su cruz y adelante? »

La señora á que se refiere la presente composicion ha aceptado el consejo, y ha contraído en efecto terceras nupcias.

¡Vuelvala, pues, á abrazar!
Mira que el que la rechaza
Va á perder y no á ganar,
Pues no se puede salvar
Quien con la cruz no se abraza.

Y no tu labio me diga
Que eres ya Cruz, y que así
Nadie á llevarla te obliga,
Porque eso, querida amiga,
Si algo prueba es contra tí.

La que ese nombre atesora
Y sobre Cruz es tan bella,
Cruz debe ser salvadora,
Y mal lo será, señora,
Si alguien no carga con ella.

Luego si bien lo encareces,
Vendrás al fin á parar
En que perdon no mereces,
Si siendo viuda dos veces
No te vuelves á casar.

Por eso al mirarte así
Llamé tu viudez capuz,
Y te anuncié y añadí
Que es providencial en tí
El dulce nombre de Cruz.

Por eso, sin fines pravos,
Recordé con santo exceso
Lo de Cristo á sus esclavos:
« Dulce leño, dulces clavos
» Que sosteneis dulce peso. »

Cesa, pues, en tu viudez,
Y abraza la carga hermosa,
Y sea tu gloria y prez
Tener por tercera vez
El dulce nombre de esposa.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

Estudios graves.

La fisiología de las sociedades anónimas conocidas en Madrid con el nombre genérico de *murgas*, es cosa que seguramente dará un sabroso rato á los lectores de gacetillas. No empezaremos, pues, describiendo el tipo exterior, por decirlo así, que es harto conocido en la coronada villa. Basta ver una capa con faralares y un sombrero inválido, para que todo el mundo diga: ese es de la murga. Tambien es un signo casi frenológico la cara de hambre y los carrillos lacios, como de quien está toda su vida sopla que sopla en un fuelle.

Cada murga se suele componer de un bombo, unos chinoscos, un redoblante, un figle, y cuando es murga de pretension, de algun violin, adjunto cada instrumento como es natural á un *artista* de capa y sombrero. El mas importante de todos es el del bombo, porque es el que mas contribuye á que la sociedad haga ruido. Por eso los bomberos suelen añadir á la capa, por la parte interior se entiende, un frac ó un gaban raído, que huele á rastro de legua. A pesar de estos honores y de esta distincion, no es sin embargo el bombero presidente de la sociedad. Los presidentes se mudan como las camisas, es decir, cuando se suelen mudar las camisas los que las tienen, todas las semanas. Sus atribuciones son graves y peliagudas sobre toda ponderacion. Al presidente corresponde averiguar en las administraciones de las loterías el nombre de los afortunados que sacan terno, ó premios de la moderna de 1,000 rs. arriba; al presidente corresponde llevar la correspondencia con los sacristanes de las parroquias, para saber los casamientos y los bautizos; y al presidente, en fin, husmear en las porterías de los ministerios quienes reciben ó van á recibir turrón.

Así pues, los grandes dias de las murgas son los siguientes: los de lotería extraordinaria; los de luna llena en que las mujeres embarazadas suelen hacer de las suyas, y los cambios de ministerio. Véase, pues, cómo la política influye hasta en las murgas; y véase tambien cómo los partos y los destinos vienen á ser una misma cosa para ciertos hombres.

Allá en los tiempos pasados nos encontramos nosotros un dia cierto librejo grasiento, que á juzgar por sus apuntes, debió haber pertenecido á un honorable presidente de murgas; pero ¡oh dolor! las hojas estaban cortadas transversalmente, de manera que no pudimos sacar en limpio sino lo que el lector sacará, á quien se lo trasladamos para su conocimiento.

El cura de San... — le ha tocado un ambo de.... — niño y niña.

(Nota del libro.) Murga doble.

¡Oh! ¡qué lastima es que no podamos nosotros transmitir á la posteridad este libro de caja, como Cervantes hizo con el de Monipodio!

Apuntadas ya las obligaciones del presidente, pasemos á las de los miembros de la sociedad.

Su primera obligación por la mañana es acudir á echarse el aguardiente en las tabernas del Rastro ó de la Puerta de Moros, á donde también acude el presidente de semana á llevar las últimas noticias, es decir, las recogidas despues de las *murgadas* de la noche antecedente. Luego en amor y compañía suben á la Plaza Mayor, los socios de número á esperar, y el presidente á trazar sus planes y á emprender su campaña del día. Sabido es que allí se reúnen todos los músicos buenos y malos de Madrid, en particular los de las orquestas de teatros, á quienes tienen la envidia mas cariñosa los de las murgas. ¡Cómo que su bello ideal, su porvenir, su turrón, está cifrado en ser de orquesta! En cambio los murguistas descarriados envidian á su vez á los murguistas constituidos en sociedad, y á todas horas no cesan de decir como el Rigolet de Adriana: ¡si yo fuera socio!

A las doce acude á la plaza el presidente, provisto ya de noticias para la noche, y cada cual se retira á sus quehaceres, el bombero á darle sebo á la piel de su bombo, el de los chinoscos y el figle á limpiarles á sus instrumentos respectivos el orin que crian de los chubascos que les caen, y el violinista, cuando hay violin en la sociedad, á enderezar su arco que se le tuerce todas las noches. Llega esta con su capa de tinieblas, y embozándose ellos en las suyas y llevando descaradamente sus instrumentos en la mano, salen como perro con maza á estarse toca quieto una hora ó media á la puerta de una casa, para que les den una peseta ó dos, que guarda el presidente por interinidad, hasta que mediada la noche la deposita, con otras pesetas recogidas despues, en el cajón de la taberna, donde celebra sus sesiones secretas la sociedad anónima.

Bailes alemanes.

Apénas se pasa á la otra orilla del Rhin, se encuentra uno en un mundo enteramente nuevo, donde ni las reuniones son tumultuosas, ni los placeres tan agitados como en Francia. La familia alemana tiene también un asilo en medio de estas grandes asambleas; su sitio está señalado de antemano, y en todas partes se introduce sin desunirse. En Alemania no se dan bailes públicos; los que hay los tienen únicamente los estudiantes ó los artesanos, que se reúnen el domingo en una hostería y bailan bebiendo cerveza. Los grandes señores, los opulentos negociantes, tienen sus bailes particulares, y lo mismo sucede con las demás clases intermedias.

En cada ciudad hay cinco ó seis sociedades organizadas con el único objeto de dar fiestas y funciones, á las que pertenecen todas las familias algo acomodadas, con la facultad de asistir á todas las reuniones, y de llevar á ellas quien mejor les parezca mediante una retribucion anual. Estas varias corporaciones van preparando sucesivamente su baile ó su concierto, y los que las forman convidan á sus parientes y amigos.

La diversion empieza á las ocho de la noche. A las doce se están ya apagando los quinqués y á la una el *naechtwaether* ó sereno no encuentra ya un alma en las calles al tiempo de hacer su ronda de noche. Todos están ya en sus casas, y la ciudad yace en un profundo sueño. También suele preceder al baile un rato de canto ó de lectura de alguna comedia, ó de un prólogo, á veces análogo á las circunstancias, que improvisa el poeta de la corporacion, recordando con esto la infancia del arte; los buenos alemanes aceptan sencillamente cuanto les presentan, escuchan con la mas escrupulosa atencion, y revientan de risa por la menor cosa. Luego se cena, y despues se baila. Lo esencial de todas estas reuniones es la cena; y al ver el esmero con que se preparan las mesas de antemano; al presenciar la solemnidad con que todos van al comedor, casi está uno tentado de creer que las sociedades alemanas no organizan sus bailes mas que para tener una buena ocasion de cenar.

A la hora señalada, y en el mismo momento que la campana del reloj da el primer golpe, suena la trompeta, la orquesta se calla repentinamente, y cesan los bailes. Si algun momento hay en la vida de un alemán en que su corazón puede ser infiel, este es sin duda. Deja á toda prisa á su querida sin acabar el wals que empezaba con el corazón alterado, y sin recoger el guante que se le acaba de caer á la pobre niña, y sin decirle nada, la entrega á su mamá y vuela á reunirse con sus compañeros.

La cena dura mucho tiempo, muchísimo. Repito que el placer de comer y beber es uno de los mejores goces de la vida humana; afición gastronómica, que ciertamente no es moderna, pues se remonta hasta los antiguos tiempos de la Germania. Léase á Tácito. Quizás al tratar esta cuestion algun profesor eminente de gastronomía la considerase enlazada con elevadas consideraciones sociales y políticas. Lo que es yo, miserable cronista, me contento solo con citar un hecho, y de paso aventuraré una observacion que podria hacer la suerte de un diplomático; si alguna vez se quiere revolucionar la Alemania, seria de desear que la cosa se hiciese entre las ocho de la mañana y medio día; porque en llegando la hora de comer serian muchos los estómagos que triunfassen del patriotismo, y mas de uno faltaria á su puesto.

No obstante, á medida que se va adelantando la cena, el alma sale de su apatía y el corazón recupera sus de-

rechos. A cada plato gana siempre el amor algun terreno; á cada brindis se anima ó idealiza el pensamiento: entonces es cuando se ve cómo se buscan los ojos azules de una parte á otra de la mesa, y cubrirse de un leve carmin las mejillas de las muchachas al encontrar la sonrisa que esperaban. Entonces el dichoso anciano se vuelve tierno y expresivo, y se complace en contar sus antiguas memorias. El joven sacude su cabellera rubia, y entona con sus compañeros el canto de guerra ó del amor. Pero despues se prepara una vistosa escena. Al salir se baila la polaca, baile que en aquel país es una escena interesante del drama de la vida. Cada palabra de amor tiene en la lengua alemana una significacion exacta, y no admite como entre nosotros diferentes interpretaciones.

Una mujer no se atreve á pronunciar ninguna sin medir todas sus consecuencias; porque pronunciada que sea, ha contraido una obligacion. Así es que ántes de hacer una declaracion tan terminante es preciso haya algunas circunstancias preparatorias, y el permiso de bailar con ella una polaca es el primer anillo de la cadena, el secreto de su corazón casi descubierto, la confesion tácita de un sentimiento que no se atreve á mostrarse abiertamente. ¿Quién podrá pintar las penas ansias y las hondas penas que llenan de amargura al amante no correspondido mientras dura este baile significativo? ¿A qué de resoluciones desesperadas habrá dado lugar la cruel polaca! ¡Triste del que está allí solo viendo á la que adora bailar con otro! La polaca es un baile sumamente largo, y todas las figuras parecen inventadas expreso para atormentar á los que miran y alimentar las ilusiones de los que esperan ser amados. Primero es una cadena de bailarines y bailarinas que se desarrolla, se dobla, se rompe, se divide en grupos y en cuadrillas, y despues se van uniendo sucesivamente todos los eslabones. Luego es una lenta procesion, en cuyo tiempo el amante puede manifestar á su amada cuanto encierra su corazón; en seguida es un wals en que cobra ánimo, y un torbellino general que le saca de sí. Siempre se cruzan las miradas, siempre van enlazadas las manos. Para los felices que el destino ha hecho partícipes de este baile, es un paraíso de imaginacion; para los condenados á observar y á envidiar, es el purgatorio del amor.

Los alemanes bailan además de la polaca otros varios bailes; el *cotillon*, que han heredado de sus padres, y que para ellos es lo que para nosotros el minuet; la *mazurka*, que han tomado de los pueblos slavones; la *hernes*, rica en figuras; y el *galop* que les ha ido de nosotros. Sus bailes se concluyen siempre con *galop*; pero al acercarse la hora, se va la gente pacífica, las mujeres que no gustan del ruido piden su silla de manos, porque allí el galop se asemeja mas que á un baile á una carga de caballería. Tanta como es la vanidad de los alemanes en valsear con ligereza y en ejecutar todos los pasos con compasado movimiento, otro tanto placer tienen de dejar aparte todo embarazo al fin del baile, corriendo como locos por la sala con su pareja, y golpeando con los piés para mover los cristales. Las mujeres toman parte en esta carrera tumultuosa, y ven gustosas echarse á perder todo el armazon de su peinado. Media hora despues solo se ven caras encarnadas y llenas de cansancio, cabellos sueltos sobre la espalda, y lazos y ramilletes de flores desparramados por la sala. Mas el galop ha encendido la sangre fleemática de los alemanes, y es el baile de que con mas placer se acuerdan, y del que hablarán mas tiempo.

Todos los inviernos se dan en Berlin algunos bailes de suscripción á que concurre á porfía la nobleza, que la clase media se envanece, y que los extranjeros prefieren á los demás. Estos son los *bailes de corte*. El precio de la entrada es de seis pesetas; pero no se crea que se compran los billetes en la calle ó en un despacho del teatro. Quien desea asistir, tiene que dirigirse por escrito al administrador general de la corte, especificando su nombre, nacimiento y profesion. Se examina su calidad y condicion, y si contentan ambas cosas, al otro día se encuentra con un ayuda de cámara cargado de galones de oro que le entrega el billete sellado y firmado del propio puño del administrador.

El baile se verifica en un salon adornado con elegancia. Es preciso componerse ántes para asistir á él, y los encargados de recibir billetes negarian la entrada con poca ceremonia á cualquiera que se presentase con botas. Una vez dentro, se olvida el precio del billete y los pasos dados para conseguirlo; estas reuniones en efecto presentan el mejor golpe de vista que ofrece en Berlin la buena sociedad. Allí están los principales funcionarios del reino, todos los altos y poderosos señores de Berlin, los diplomáticos extranjeros y los mas ricos del estado llano. Allí andan mezclados la poesía y el comercio, el oficial y el magistrado; allí pasean juntos el hombre de ciencia y el gran propietario. Llévese Vd. consigo un *cicerone*, y este le enseñará una tras de otras las mas ilustres cabezas de Berlin, que olvidan entonces sus laureles para reducirse á la esfera de simples mortales. El le enseñará á Vd. al sabio Humboldt, á Ritter el geógrafo, al escultor Rauch y al músico Spontini. Aquel hombre pequeñuelo, casi disforme, que anda rodeado de gente, y cuyos chistes y sentencias se escuchan con tanta satisfaccion, es el filósofo Scheleiermacher, el filólogo, el teólogo, el hombre que ha traído tambien á Platon en alemán, que M. Cousin tiene ahora que trabajar mucho ménos para traducirlo en francés; este de la cabeza cana cuyos ojos son tan penetrantes, y que está contando con viveza su viaje á Francia, es Praimer, autor de la *Hohenstaufens*. Si quiere Vd. ver al digno filósofo Siffens, mire Vd. á aquel

hombre que medita en un rincón, y cuya fisonomía expone a la calma y la bondad. Mas lejos está el poeta Raupade explicando al ingenioso crítico Heering el plan de un nuevo drama, quien le escucha distraído como poco entusiasmado de su prodigiosa fecundidad. Mas adelante le enseñaré tambien la noble figura de Savigni, á Cans el Hegelista, que ha dado en tenerse por el Mirabeau de la Alemania, estudiando sin cesar para imitar cuanto dice la historia de este grande orador.

Mas lo que mas aprecian los berlineses en estos bailes es la asistencia del rey y de la familia real. Una ó dos horas están todos aguardando; y en este tiempo ni se empiezan los bailes, ni se oye una sola nota de música. Por fin, la concurrencia se separa y hace lugar, los grupos se disuelven, y reina en la sala un imponente silencio. Se presenta el rey. No se podrá formar cabal idea del amor que profesan los prusianos á su rey quien no haya asistido á una de estas reuniones, y no haya visto el respeto que le tienen y lo felices que se consideran con verle. Y en tanto que empieza el baile, él se va por el salon buscando personas conocidas, hablando ya á una joven, ya á un profesor, ya á un soldado veterano. El rey de Prusia es para las familias de Berlin lo que Napoleon era para sus soldados; sabe el nombre y la historia de cada una. Por todas ellas pregunta, y no hay uno que no procure salirle al paso y obtener de él una palabra ó una mirada. Estaba yo un día en un grupo en que estaban las señoritas Ellsler, que todavia no habian recibido el incienso de la prensa parisiense: acercóse á la mayor un hombre vestido de negro con una sencilla cruz en el ojal, y habló del último baile y del paseo; despues la saludó y se fué: era el rey.

• A su lado está casi siempre la princesa de Leiguit, cuya gracia y bondad anda en boca de todo el mundo. La condesa de Harrach era una joven de una familia noble, aunque pobre. El rey la conoció en Toeplitz, y se casó con ella. «No será reina de Prusia, dijo, pero será mi esposa.» Y efectivamente, para no dar que sentir á sus hijas las princesas, ni sobrecargar mas al Estado, no dió á su mujer ni el título ni las prerogativas de reina; todavia es joven y hermosa, y vive con la mayor sencillez.

A las once se cena. La mesa del rey se coloca entre las demás. Todos están allí sentados bajo el mismo techo, y son servidos por las mismas personas. ¿No hay en esto cierta comunidad y franqueza entre las gentes de que deben hacer mérito? Así es, que cuando se va el rey, todos le siguen con la vista, y ven su salida con sentimiento. Háganse cuantas teorías se quieran sobre la organizacion del gobierno prusiano: mi objeto no es entrar en esta cuestion; pero de lo que no tengo duda alguna es de que nadie estará un día en Berlin sin advertir el amor del rey á sus vasallos, y el respeto filial que estos le tienen.

Hyeres y sus islas.

Como Niza, Hyeres es uno de los lugares bendecido por la pródiga naturaleza, que le ha regalado flores y frutos, calor y luz, salubridad y fertilidad. Temperatura blanda é igual, aire confortable que alivia la salud debilitada por los trabajos ó los placeres; y aunque el auxilio de los agentes terapéuticos no sea por lo general necesario para producir este resultado feliz, con una expresion impropia, se puede colocar este rincón privilegiado de la Provenza entre los puntos de aguas, por los hábitos y la dulzura de la vida que los provocan aquí y allá.

En una parte se toman baños de agua, allí se toman baños de aire: esa es la diferencia. Los accesorios, tales como paseos, distracciones, fácil y agradable sociedad, vida exenta de disgustos y excesos, ejercicio sin fatiga, y reposo animado, accesorios importantes, son en ambos casos esencialmente los mismos.

Dícese que estos parajes son grandes cementerios á donde los médicos apurados envían á morir á sus enfermos. Esto es verdad, porque como dice, á lo que creo, M. Desfonandres, «no parece bien que un médico vaya á ver un muerto.»

Pero la falta no es de Niza ni de Hyeres, si les envían físicos en tercer grado, y sin remedio, solo les queda el recurso de la tierra desvirtuada incesantemente «encubrir y ocultar los errores de la medicina.» Esto se practica á cerceros tapados para no alarmar á los *vivientes* si acaso merecen esté nombre hiperbólico. En suma, mas enfermos curan que no mueren en estos encantadores sitios, ciudades de fantasmas de donde salen multitud de aparecidos que con su *inesperado* regreso derriban las esperanzas precoces de los herederos, y humillan el orgullo de los médicos.

Hyeres, como Cannes, y Antibes, donde la moda enfermiza comienza á instalarse, está protegida por altas cimas contra el irritante *mistral* y la inervante *tramon-tana*. La vegetacion se resiente de ello, y los árboles meridionales llegan á una elevacion gigantesca, digna de las imponentes plantaciones del Rio del Levante. El olivo sube tanto como el encino, alternando con el cactus, el azofraifo, el pino elegante de Italia, etc. El naranjo, el limon, el barmamoto, el granado, enriquecen á los propietarios de algunos huertos, famosos en el país por su belleza y exquisito cuidado: porque no sucede como en Génova, donde todos estos árboles crecen espontáneamente y embalsaman con el triple perfume de sus hojas, sus flores y sus frutos un circuito de se-

senta leguas. Pero bastante privilegio es para la Francia el recoger en las costas de la Provenza y al Oriente de Tolon sus inapreciables frutos.

El hombre, no siendo mas que un *animal degenerado* y un vegetal superior, debe participar de esta florescencia semi-tropical, y en efecto, las fuerzas renacen como por encanto, los nervios se calman, la savia circula, y la fibra adquiere consistencia bajo esta primavera perpetua. De ahí la boga de Hyeres, boga invencible á despecho de todas las necrologías presentes, pasadas y futuras. No se debe nombrar en un hospital los que sucumben, sino los que se despojan de sus batas, deshechan las pociones, y con paso ligero se deslizan dejando para beber á los enfermeros á una salud cuyo brándis podrian ellos mismos soportar.

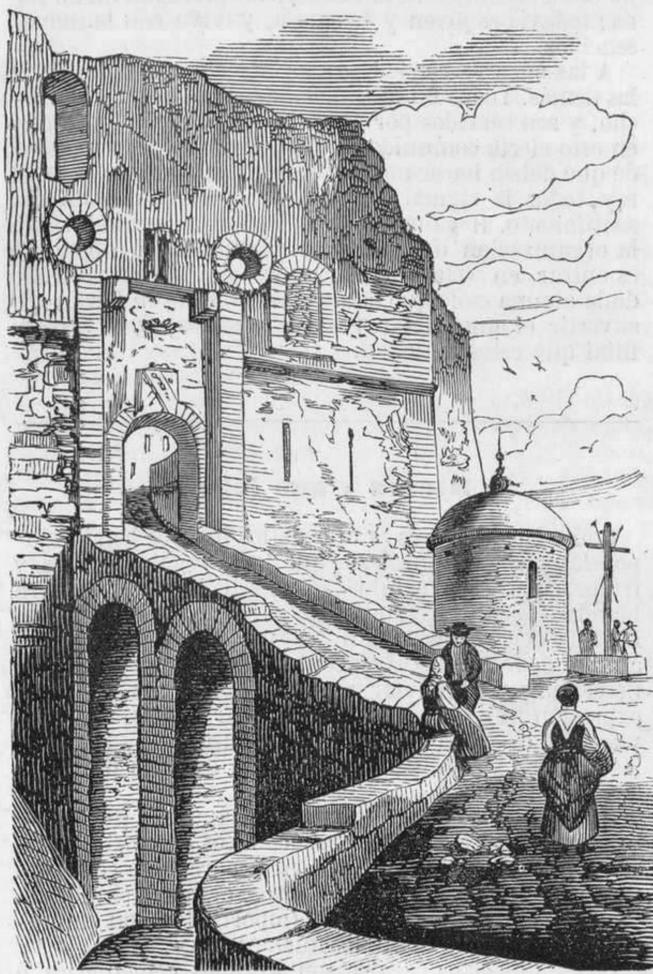
Hyeres, preciso es decirlo, es una ciudad pequeña y fea, situada en la vertiente de un collado que protege su atmósfera

de las frias hiades, y el penetrante bóreas.

Las villas abundan en las cercanías, encantadoras con su estructura italiana. Pero la ciudad es vieja, estrecha, descuidada como meridional, como los municipios de la Provenza. Esto no es mas que un detalle: la ciudad está habitada por los del país en número de diez mil, y los alrededores por los extranjeros, que evitan cuanto pueden sus calles tortuosas y moradas incómodas. Sin embargo, el hábito de ver y de servir lo mejor de Europa, en materia de pulmones enfermos, y el roce de esta patología aristocrática, han obligado á los provenzales de Hyeres á sacudir su negligencia climatérica, y á introducir para provecho propio mejoras que han logrado buen éxito. La rudeza de costumbres ha desaparecido; el posadero se muestra cortés y casi amable, y las necesidades de la vida, muy menguadas por la bondad del clima, comienzan á encontrar



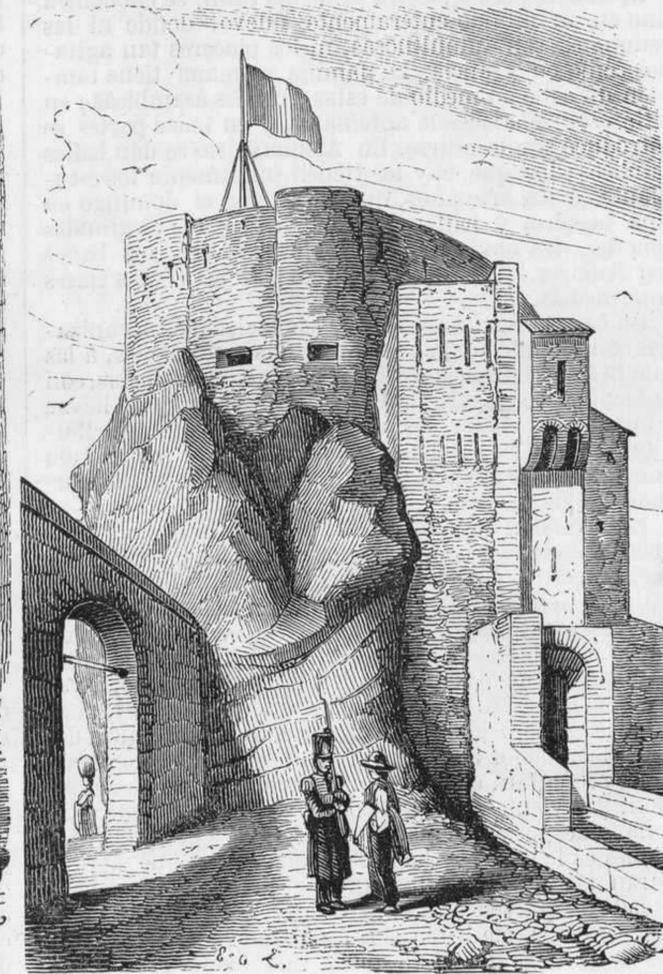
La ciudad de Hyeres.



Castillo de Giens.



Figes.



Fortaleza de Forquerolles.

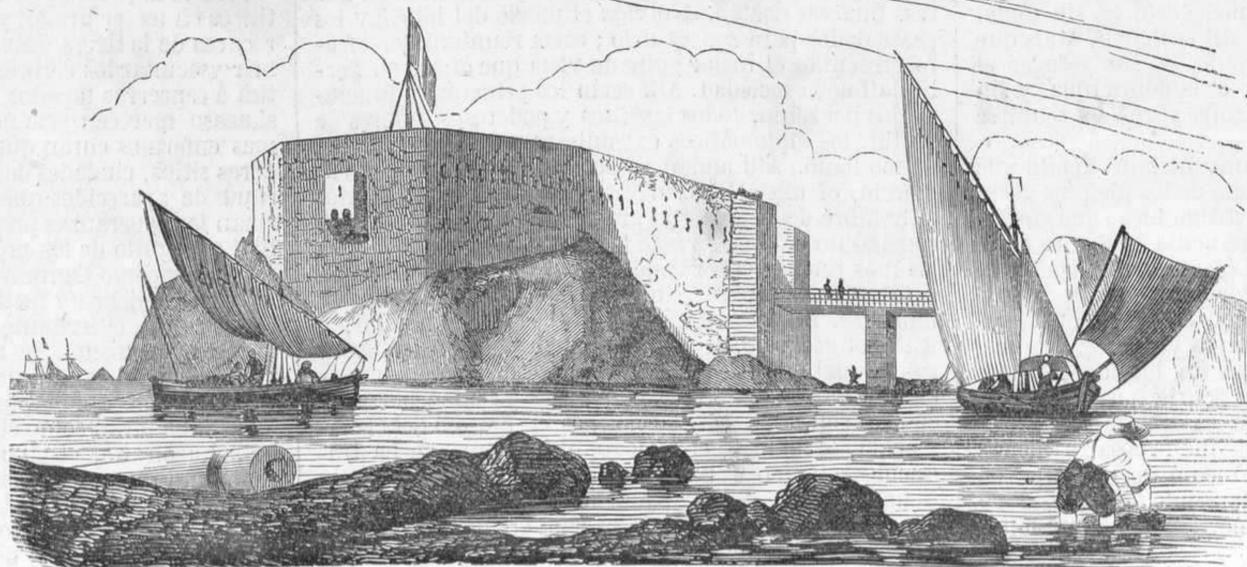
completa satisfacción.

Hyeres remonta á la mas lejana antigüedad. Se dice que fué primero una colonia griega llamada *Hieros*, nombre que conserva todavía; *hieros*, santo, sagrado, dedicado á la higiene. Los romanos la llamaron *Arca*. Pero los hyerenses rechazaron el apelativo latino y volvieron á su primitivo nombre, y me se figura que hicieron bien, si se estima la ciencia ó el arte de la etimología. La ciudad estuvo á orillas del mar, hoy distante de ella tres kilómetros (media legua). Pero infestados por los piratas de la edad media, los habitantes tuvieron por conveniente retirarse á las pendientes donde se halla hoy la ciudad, gra-

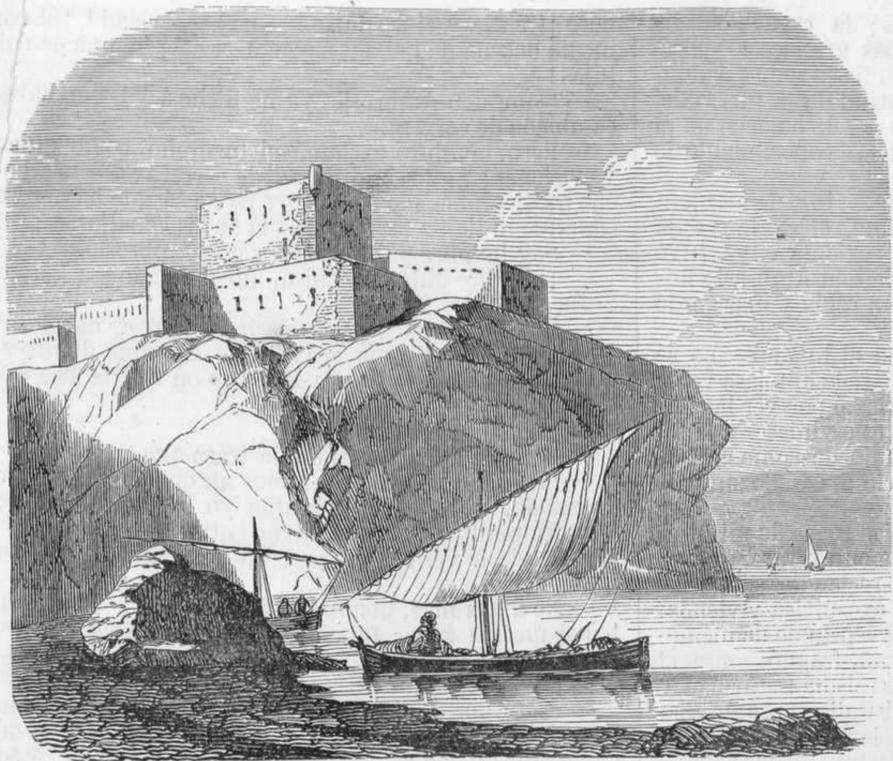
cias á lo cual debemos sin duda el placer de verla hoy en pié.

Cuando san Luis volvió de Egipto desembarcó en la rada de Hyeres, en el punto en que se aprestó en 1830 la flota que iba á darse á la vela para Argel. Estos son los rasgos mas característicos de la cronología de esta pequeña ciudad, indiferente quizás á estos precedentes, porque sus títulos mejores los encierra la historia natural.

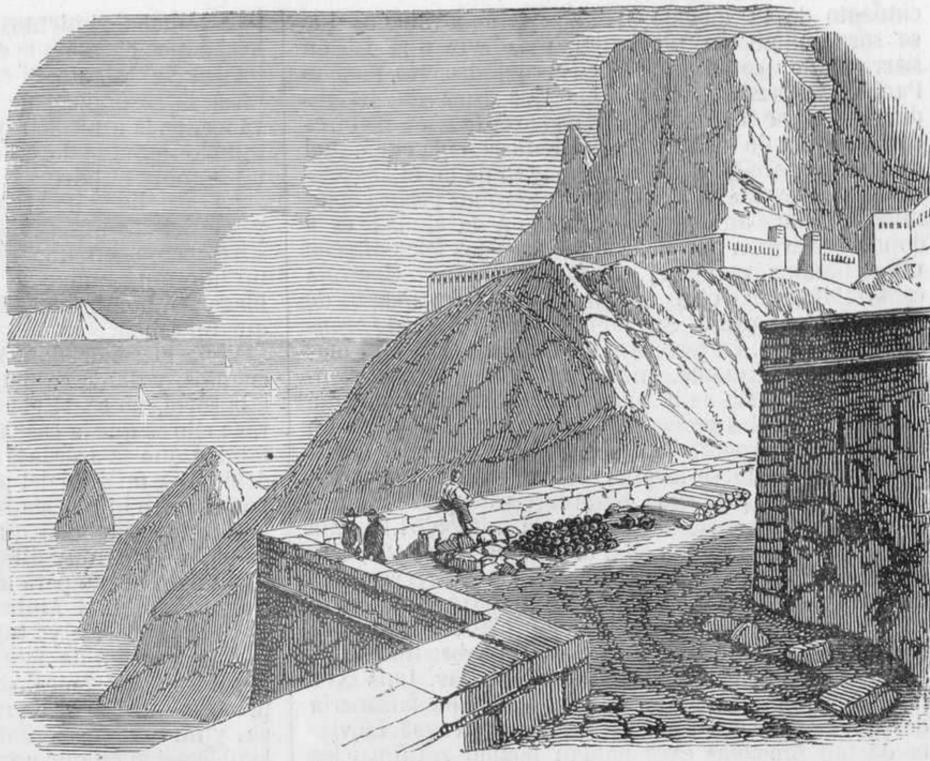
El orgullo de Hyeres se encierra principalmente en sus jardines de naranjos y limoneros, que ocupan los abrigos, y reciben el aire templado y vivificante del mar. Altas tapias los protegen, transición entre el invernáculo y el



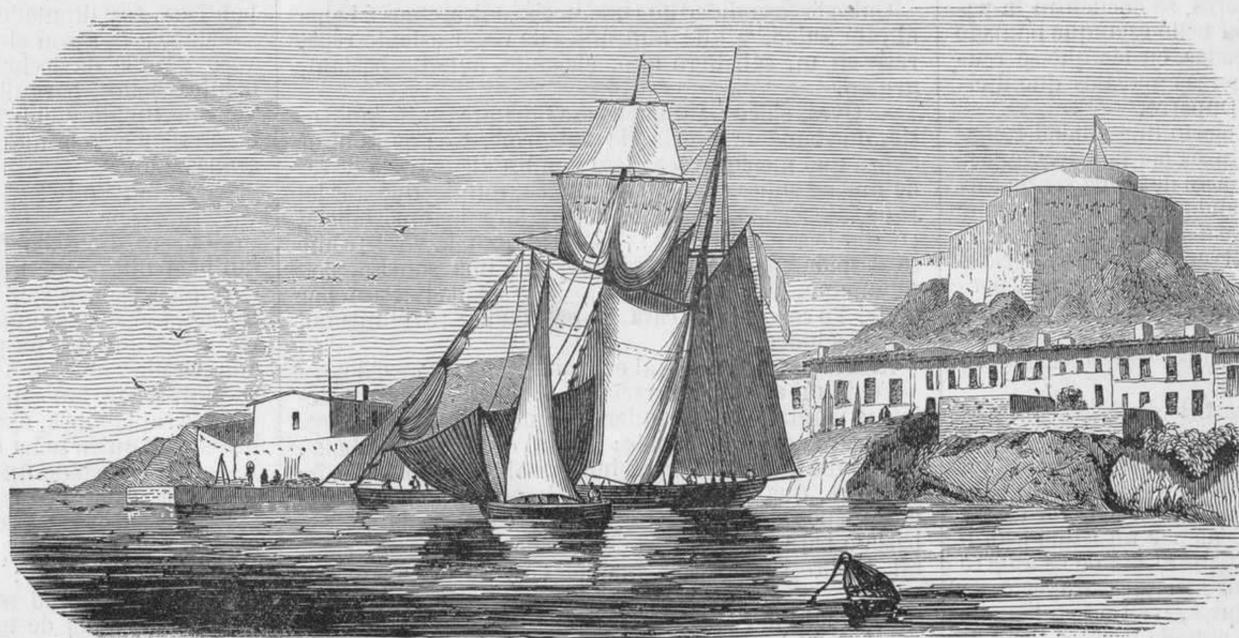
La torre Fundida (península de Giens).



Fuerte de la Licastre en Porquerolles.



Bateria de las Meuts (isla de Porquerolles).



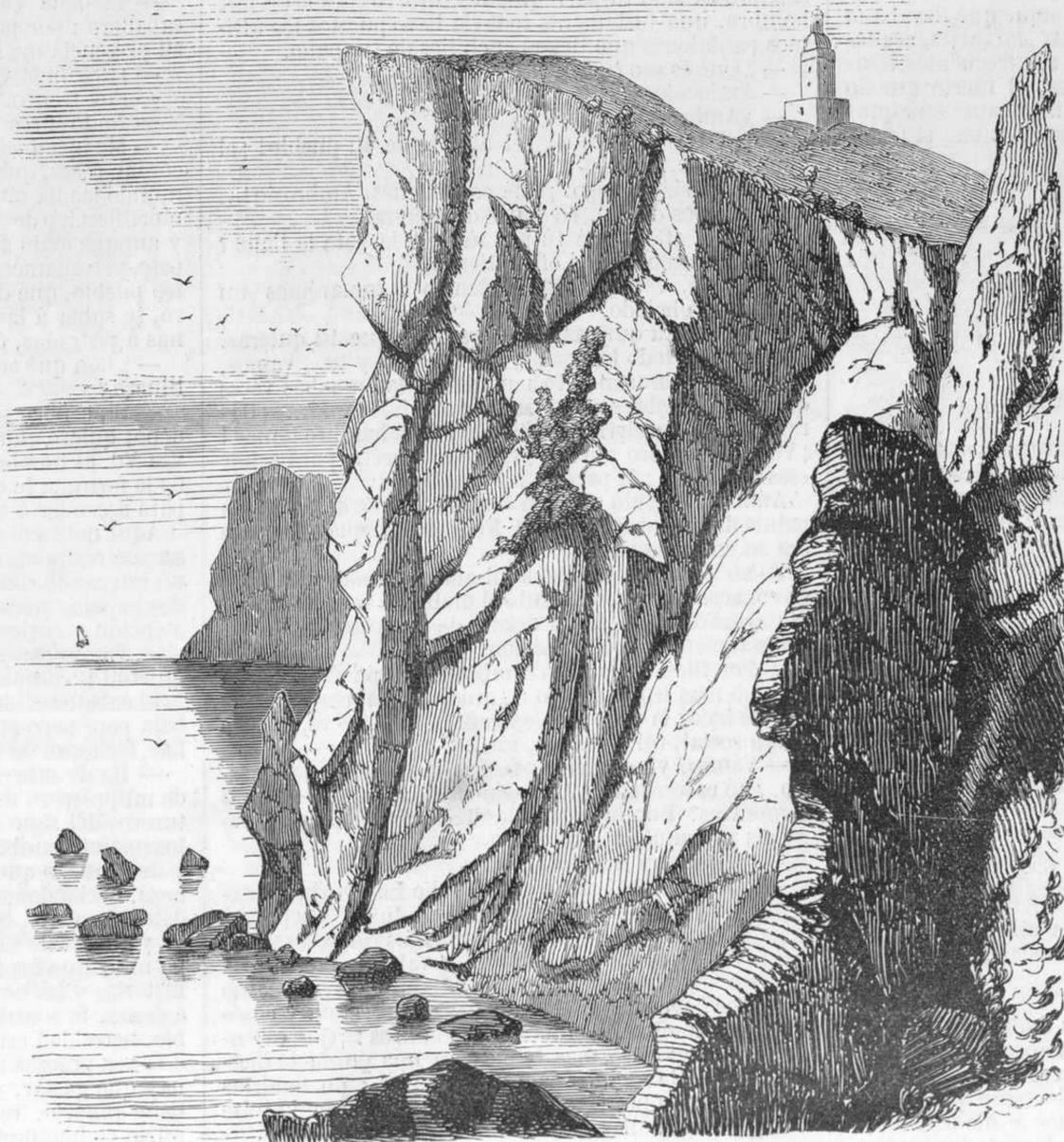
Villa y puerto de Porquerolles.

aire libre. El mas famoso de estos jardines de las Hespérides (salvo el Dragon,) es propiedad del marqués de Beauregard. Nosotros lo hemos visitado años hace, y aun sentimos la emocion que nos causaron sus perfumados paseos, cubiertos de una sombra espesa que decoraba el jazmin, y que doraban las manzanas de ese divino metal que se recoge en California, y se adora en todas partes mas que es menester. Las plantaciones atacadas por la enfermedad (preciso es convenir que el mal es tambien de todos los tiempos y lugares), son cuidadas, cultivadas y regadas con esmero. El naranjo exige á la vez calor y humedad. El cielo clemente se encarga de lo primero; regadores ingeniosos que recuerdan los conductos de agua de los oasis argelinos satisfacen la segunda. Tres veces al año se cava al rededor de los árboles, que sienten, como se ve, su superioridad, y solicitan, como personajes distinguidos, mas asidua atencion. No afirmo por esto, que aun á costa de tanto cuidado, valgan sus naranjas lo que las de las Baleares, Portugal, Malta, ó Sidiokba en Africa; pero al fin, hacen lo que pueden; los paisanos las ofrecen aqui en enero envueltas en papel de seda, y se hace con ellas una ensalada soportable á fuerza de aguardiente y azúcar. Despues las flores, que me imagino que carecen de la acritud de su filiacion, se venden con estimacion á los perfumistas de Grasse, y sirven para hacer esta *agua doble ó triple de flor de naranjo* tan agradablemente mezclada con el agua de azúcar y las cremas de la clase media. Las islas de Hyeres son tres. Esta es la ocasion de corregir un error muy acreditado. Comumente se dice: « voy á las islas de Hyeres, » cuando se trata de ir, á alguna distancia de Tolon, á restablecerse de algunos bronquitis, ó pade-

dad, y solicitan, como personajes distinguidos, mas asidua atencion. No afirmo por esto, que aun á costa de tanto cuidado, valgan sus naranjas lo que las de las Baleares, Portugal, Malta, ó Sidiokba en Africa; pero al fin, hacen lo que pueden; los paisanos las ofrecen aqui en enero envueltas en papel de seda, y se hace con ellas una ensalada soportable á fuerza de aguardiente y azúcar. Despues las flores, que me imagino que carecen de la acritud de su filiacion, se venden con estimacion á los perfumistas de Grasse, y sirven para hacer esta *agua doble ó triple de flor de naranjo* tan agradablemente mezclada con el agua de azúcar y las cremas de la clase media. Las islas de Hyeres son tres. Esta es la ocasion de corregir un error muy acreditado. Comumente se dice: « voy á las islas de Hyeres, » cuando se trata de ir, á alguna distancia de Tolon, á restablecerse de algunos bronquitis, ó pade-



Trajes.



El faro de Porquerolles.



Trajes.

cimiento de la laringe. Yo he visto á muchos que se sorprendían de no hallar mas que una isla en tierra firme, como la Barataria del discreto Sancho Panza. La verdad es que las tres islas de Hyeres dispuestas por el Criador para *recreo de la vista*, no ofrecen ninguna de las ventajas higiénicas de la ciudad del mismo nombre. La brisa del mar sopla en ellas constante y ásperamente para que puedan los pechos oprimidos hallar allí ningún alivio. A la ciudad es á donde se dirigen los enfermos. Pero las islas ofrecen un panorama seductor, pretexto de paseos. Una sola está habitada, las otras dos sirven con sus peñascos de nido para las águilas. Sus nombres son: *Isla del Levante* y *Port Cross*. La tercera, isla de *Porquerolles*, la mas próxima al continente, mide cerca de una legua de longitud sobre media de latitud. Posee un buen puerto, á donde vienen los barcos del cabotaje, al abrigo de un fuerte que guarnecen ciento cincuenta hombres.

Un pueblecillo se levanta bajo el amparo del cañon del castillo; su poblacion es de doscientos á trescientos habitantes. Un cuarto de la isla está cultivado; la viña y el olivo prosperan en ella, el vino es exquisito; á lo que se dice, capaz de rivalizar con el de Grecia y España. El resto de la isla permanece cubierto espontáneamente de pinos, encinas, mirtos, laureles-rosas. Un faro magnífico de giratorias luces se alza sobre uno de los altos promontorios de aquel litoral insular. Luis XIV habia hecho establecer en Porquerolles una faisanería dorada, que por desgracia fué destruida en 1793. La vista de tan preciosas aves habian podido reanimar las fuerzas de los mas débiles.

En el fondo de la llanura que limita por la parte del mar el territorio firme de Hyeres, se encuentra la península de Giens, que contiene el bello estanque llamado de Peschier, y que forma dos radas, en las que se reunieron en mayo de 1830 las fuerzas navales que dirigia contra Argel el almirante Duperre.

Cerca de Hyeres se ha descubierto una ciudad romana que recuerda con sus pinturas las de Perulano y Pompeya. Por desgracia el contacto de la luz las ha perjudicado. Algunos creen, apoyándose en Antonino, que esta ciudad es la antigua *Pomponiana*.

Terminemos deseando para Hyeres todos los heridos del pecho que encierra la Europa; ella los merece, porque nadie es mas capaz de volverlos á sus hogares sanos y robustecidos.

Réstanos el justificar los grabados, y lo haremos sucintamente.

Hyeres habla á los ojos. El castillo de Giens es el que domina la península de este nombre. Los trajes de aquella parte de la Provenza son pintorescos. El fuerte de Porquerolles domina la entrada del puerto, abierto sobre todo al cabotaje. La *Torre quebrada* corona un islote unido á la península de Giens por un istmo pedregoso que tiene un puente levadizo. Al pié de esta torre fortificada se embarca para Porquerolles, trayecto de treinta á treinta y cinco minutos, en tiempo bonancible. A lo largo del litoral de aquella isla, se llega al través de un bosque de pinos al fuerte *Lucastre*, construido en una roca sobre el mar, y ante el cual se refiere que surgió algunas horas el buque que llevaba la *Máscara de hierro* á las islas de Santa Margarita, asaltado en el golfo de Lyon por una de sus frecuentes tempestades. El pueblo de Porquerolles, el fuerte que lo protege, y el faro que alumbrá al navegante en aquellas aguas peligrosas no necesitan explicacion; el lector los tiene á la vista.

El Mundo nuevo.

UN HOMBRE PÚBLICO.

Una cualidad positiva supone naturalmente la existencia de una cualidad negativa: una calificación cualquiera, la posibilidad de una calificación contraria: un hombre de bien, los hombres malos: un hombre público, los hombres secretos; y como estos no los encuentro yo clasificados ni en Buifon, ni en Cuvier, ni en Virey, ni en Humbolt, sino en las nóminas de la jefatura de policía, racionalmente deduzco que es preciso negar la existencia de los hombres públicos, ó calificar de tales á cuantos no pertenecen á la policía secreta.

¿Qué quiere decir hombre público?

De haberse llevado á cabo la extravagancia de aquel filósofo de la antigüedad, que aconsejaba á sus discípulos que habitasen en casas de cristal, para que todos sus actos pudieran ser observados de sus vecinos; claro es que los verdaderos hombres públicos serian aquellos que viviesen en diáfanas moradas como *Ambitrite*, las ninfas y las ondinas. Pero llamar públicos á los hombres cuya vida es un secreto, un enigma, un misterio inexplicable, por mas que el vulgo tenga clavados en ellos los ojos, que no penetran mas allá de la corteza, parecen una extravagancia del moderno lenguaje ó gerigonza.

¿Qué es un hombre público?

Hace muchos dias tenia yo mis dudas acerca de la verdadera significacion de esta palabra; hoy sin embargo poseo algunos datos para resolver cuestion de tanta importancia; y no es esto solo, sino que me encuentro con ganas de comunicárselos á mis lectores.

La casualidad es la grande inventora de los mas cé-

lebres destubrimientos científicos; la casualidad ha hecho mas héroes que el valor; mas grandes los hombres que el talento. Si en el mundo físico somos deudores á la casualidad de la apreciacion de la fuerza del vapor, de la atraccion y de otras cosas buenas, en el mundo moral le debemos el verdadero conocimiento de un hombre público.

La casualidad ha hecho que yo fuese hijo de alguien, y que mis padres tuviesen un primo, el cual, casado sin dispensa con una que no era parienta suya, tuvo un hijo muy amigo á la cuenta de don Ambrosio Roblegordo, hombre mas fuerte que un roble y mas gordo que un cebon.

Vivia el señor don Ambrosio en el lugar de no sé cuantos, y dió la casualidad de que se le antojase venir á la corte, no sé si por ver las ferias ó por ver las fieras: ello es que la casualidad hizo que viniese, y la fatalidad que se acordase en el camino de como en Madrid tenia un hijo del padre del primo, casado sin dispensa, cuyo hijo debia ser amigo suyo.

Hizo la casualidad que supiese las señas de mi casa, lo cual no era muy difícil, y que la encontrase, que ya es un poco arduo para un lugareño recién llegado.

Plantóse el don Ambrosio en mi excéntrica vivienda.

No me conoció; yo tampoco á él; espetóme de memoria una porcion de féas de bautismo, fraguó sobre el papel un árbol genealógico, con la misma seguridad y presteza que Napoleon un plan de batalla sobre un mapa, y no tuve mas remedio que dejarme convencer de la obligacion en que estaba por nuestras íntimas y antiguas relaciones, de hospedarle en mi casa y de acompañarle á todas partes.

Quiso la casualidad que una noche entrásemos á beber al café Suizo, y que aun ántes de coger asiento reparase en un caballero alto, elegante, aunque bastante grueso.

— Oyes, chico: ¿quién es ese? me preguntó Ambrosio, que tenia la gracia de tutearme. No; pues dime ahora que me equivoco; ese hombre tiene traza de ser de mucha suposicion. Chico, ¡mira, míralo, qué gordo! ¡qué satisfecho de sí mismo! ¡qué aire de importancia! ¡Cómo le saludan todos! ¡cómo ahueca la voz! ¡cómo se despide sin bajar la cabeza, con una sonrisa, con una mano, así al desgaire!... Pero ¡calla! ¡Pasa por aquí! Yo conozco esa cara. No hay duda: ¡es él mismo! Voy á saludarle.

Ambrosio se marchó al encuentro de su conocido.

Tenia mi amigo la gracia de olvidarse de mí, y dejarme plantado donde quiera, como no me necesitase. Se encaró con el personaje; le miró desde arriba abajo; le dió una palmada en el hombro, luego una pequeña bofetada, que hubiera sido casi imperceptible con manos menos ásperas y callosas, y como nada de esto bastase para volver al caballero de su estupefaccion, mi Ambrosio le hacia mamolas, y le decia en alta voz:

— ¿Juanillo? ¡Eh! chico: ¿Juanillo? ¡Caramba cómo has engordado! ¡qué estiron y qué...! ¿No me conoces? ¿Pues no te acuerdas del tío Ambrosio, que siempre ha sido tu parroquiano? No arrugues las cejas, hombre, que justamente todavía llevo puestos los últimos pantalones que tienen cuchillos de tu mano.

— ¿Qué es eso? ¿Quién es Vd.?

— Ambrosio.

— ¿Ambrosio de qué?

— ¡El tío Ambrosio! ¡el alcalde de tu pueblo! ¡el que te daba...

— ¡Ah! sí, ya caigo. ¡Qué cosas tienes, Ambrosio!... No hablemos de eso. Yo mudo de carrera...

— ¡Ola! ¿Con qué tú por tú? ¿A la pata la llana? sea. Pero vamos, ¿qué oficio tienes?

— Vénte, vén por aquí adentro: tomaremos un ponche, un helado.

— Lo que tú quieras, dos ó tres... lo que tú quieras. Veo que con todo tu boato y tus medros, y tu... vamos, tienes buen corazon. ¿Te acuerdas de las muchas veces que te guardabamos las sobras del puchero?... ¡Caramba, qué esmirriado estabas, y qué hambre tenias! ¡Voto al chapíro verde! ¿Cómo has hecho para echar esos molletes? ¡Si pareces un caballero!

Ambrosio siguió al buen Juanillo, y me dejó con un palmo de narices: Ingrato! No sabia él cuán cara me era su compañía.

Yo no sé si por aficion á mi amigo, ó por curiosidad de conocer el suyo, me tentó el diablo de seguirlos y de sentarme cerca de ellos, detrás de un poste, donde oia perfectamente la conversacion.

— Por Dios, señor don Ambrosio, decia el caballero en tono mas humanizado: ¿quiere Vd. tener la bondad de bajar la voz? Vd. extrañará... ya se ve, mi posicion social, mi dignidad, mi...

— Vamos, ya entiendo; te has examinado de maestro, ¿no es verdad? ¡Acabamos de una vez, con mil demonios! Hombre... no lo digo por tí, pero ¡cómo robais por aquí los sastres!

— ¡Señor don Ambrosio!

— ¡Qué diantre! no te enfades. No hay regla sin excepcion y eso que tú, para tener ese lujo y esa prosopeya, y... Yo no sé como haceis esos milagros. Pero ya se ve. Figúrate que han tenido valor para pedirme por una anguarina ó gaban, ó como se llame... ¿Cuánto te parece? ¡Pero digo sí, tú lo sabrás! ¡Treinta y cinco duros! ¡Hombre, treinta y cinco duros! ¡Qué escándalo! ¡Si con poco mas tenia para una yunta de bueyes! Eso sí, la anguarina estaba hecha: no tendrias que darla una puntada. Y toda forrada de seda, lo mismo que las casullas que sacan allá por el Córpus. Chico, me parecia mas maja por dentro que por fuera.

Pero ¡treinta y cinco duros! ¡Qué barbaridad! ¡Si con media docena de gabanes pongo el dote de una de mis hijas!

— Señor don Ambrosio, ya he dicho á Vd. que habia cambiado de carrera.

— Pero, hombre, exclamó el lugareño, como quien ve visiones; ¿qué significa eso de carrera? ¿Te has hecho médico, abogado ó teólogo? Yo no sé que haya otra cosa que se llame carrera sino la de los caballos.

— Soy hombre público, señor don Ambrosio.

— ¡Hombre público! chico, no entiendo esa gerga. Si fuera mujer...

— Hombre público quiere decir hombre de Estado...

— ¡Acabarás de una vez! ¡Véte con mil diantres, que ya te entiendo á la postre! ¿Con qué te has casado?

— ¡Oh, Dios me libre!

— Pues tú de cura maldita la traza que tienes...

— ¿Pero no nos entenderemos alguna vez? Hombre de estado, no quiere decir que yo lo haya tomado: hombre público es lo que Vd. no entiende... ni yo tampoco, á decir verdad; pero... en una palabra, soy un funcionario...

— No digas mas, hombre, no digas mas... ¿Con qué te has metido á dar funciones? Ya me parecia que tenias traza de comediante... No, pues para eso no te faltaba desparpajo y mucha labia, y...

— Señor don Ambrosio, veo que mi país no ha dado un solo paso por la senda de la civilizacion: al cabo de cuatro años viene Vd. tan... tan selvático y cerril como cuando le dejé. He sido alto funcionario público: tengo dos ó tres cruces, he publicado un par de folletos políticos, soy diputado.

Estaba á la sazón el buen Ambrosio zampándose un vaso grande de leche amerengada con sus correspondientes bollos, barquillos y bizcochos: y fué cosa de ver el estúpido y el brinco que pegó á la sazón, echando á rodar por la mesa el vaso que tenia cogido con ambas manos.

— ¡Diputado tú!

— Sí, señor.

— ¿Pero diputado de qué?... ¿de esos que hablan tan bien que cantan la cartilla á los ministros, y de esos que se ponen como ropa de pascua? ¿Diputado como el señor conde, que ha salido por nuestro pueblo, y por señas que me ha perdonado el arrendamiento del año pasado?

— Sí, señor, tan diputado como el conde.

— Pero, hombre, exclamó con sencillez el buen Ambrosio, ¿y quién te ha dado dinero para ser diputado?

— No he gastado un cuarto.

— ¡Esa es otra!

— En la provincia por donde he salido nadie me conocia...

— Ya lo supongo: conociéndote á tí, ¡quién diablos!... Pero ¿cómo se hacen estas cosas? Los sesos se me vuelven agua de tanto discurrir, dijo el lugareño acabando de recoger en el vaso la leche vertida, y saboreándola despues sin aprension alguna.

— Escuche Vd., señor don Ambrosio, respondió el caballero: por poco que Vd. discorra debe conocer que su presencia me incomoda.

— ¡Hombre! vienes con unas indirectas...

— Soy franco.

— No lo jures.

— Me incomoda Vd., lo repito; porque me hace recordar cosas, que algunas veces me figuro que todo el mundo las ha olvidado como yo. Pero en medio de la mortificacion de mi amor propio, soy agradecido y leal; y aunque exijo de Vd. que en público me trate con respeto, privadamente seré para Vd. el Juanillo de nuestro pueblo, que despues de comer las sobras del puchero, se subia á las bardas del corral á matarle las gallinas á pedradas, ó pescarle pavos con anzuelo.

— ¿Con qué eras tú, picaro, quien diezmaba mi gallinero?

— Sí, señor, pero hoy quiero restituírle cuanto le debo; quiero que venga Vd. á mi casa, y ántes de que vea Vd. al hombre público que ha llegado al apogeo de la fortuna, le contaré los medios de que se ha valido para ascender á tan elevado puesto.

Aquí noté yo cierto movimiento de sillás; un ruido seco de restregamiento de manos callosas, una tosecilla, un estruendo como de dejar caer dos codos semejantes, dos pedradas masas sobre la mesa, síntomas todos de atencion y curiosidad.

— Vamos á ver, dijo por fin Ambrosio, con cierta inquietud y complacencia.

El caballero, despues de un rato de silencio, en voz baja pero perceptible, con aire complacido y tono familiar, comenzó su relacion en los términos siguientes:

— Ha de saber Vd., señor don Ambrosio, que en alas de mi próspera fortuna, llegué á Madrid, como los aventureros del siglo XVI arribaban á las Indias, con ciertos instintos ambiciosos, con un no sé qué de inquietud y desasosiego que me hervia en el corazon y en la cabeza, haciéndome sospechar, sin atreverme á pensarlo detenidamente, que yo llegaría á ser grande hombre. Ya yo me tenia casi por un héroe; pero sepa Vd., amigo mio, que los héroes tienen apetito, por mas que las historias y las novelas autoricen á Vd. con su silencio á pensar lo contrario. Los héroes comen, verdad terrible, necesidad cruel que ha enjendrado y ha sepultado á la vez proezas inauditas. En la precision de comer hay que gastar, y para gastar tener dinero, y si no se tiene ganarlo, robarlo ó pedirlo prestado, especie de hurto en hombres irresponsables. Acomodéme, pues, á lo primero: quise comer con mi trabajo. Me presenté

Utrilla. No me turbé ante la majestad de los sastres : les hizo impresion la soltura de mis modales y de mis dedos ; el aplomo de mi continente y de mi planea, la fineza de mi conversacion y de mis puntadas, y sobre todo quedó prendado de mis *prendas*, es decir, de las que le presenté de muestra. Utrilla se sonrió, y quedó hecho oficial de sastre.

Estaba yo cosiendo en el obrador, y trazando en los respuntes del cuello de una capa los planos de mi felicidad, cuando á la puerta de la tienda se paró un coche simon, no sé si por imposibilidad de seguir adelante, ó por necesidad de algun respiro ; ello es que la desvenecijada máquina vomitó un hombre... No pintaré á Vd. su fisonomía : el ojo de un sastre examina primero el corte que el porte : la expresion está para ellos en el vestido, no en el rostro. Gall y Delille con solo palpar un cogote le dicen á Vd. : aquí hay un hombre que es un pícaro, un bribon de cuatro suelas, y es preciso confesar que cuando auguran mal los frenólogos, pocas veces se equivocan : Lavater tiene que echar su plomada y arrimar el cartabon para medir el ángulo facial : un sastre con solo dirigir una rápida ojeada á la ropa dice al punto : aquí hay un hombre de pró, y las mas veces : aquí hay un pobre diablo, como en la ocasion presente. Por el traje quedó, pues, calificado de hortera el entrante. Sin embargo, ¡oh falibilidad de las ciencias frenólogo-sastreril !... el hortera era un ministro ; pero entendámonos : ministro constitucional.

Llegó el hombre muy apurado preguntando con cierta mezcla de orgullo y humillacion :

— ¿El señor Utrilla?

Yo tengo para mí que el arte de ser hombre eminente consiste en el talento de rodearse de personas que lo sean, ó que le hagan aparecer á uno como tal, explotándolas sin compasion. Napoleon sin los mariscales del Imperio hubiera sido un mequetrefe ; César Borgia sin Maquiavelo un botarate, y yo sin mi hortera presunto un pobre sastre. Le vi, lo calé, me levanté de mi banquillo, y con aire complaciente le dije :

— ¿Preguntá Vd. por el maestro?

Me estrené con el desconocido con una tontería ; pero el hombre parecia incapaz de cogerlas al vuelo.

— Sí, señor ; quiero verle.

— Sírvase Vd. pasar adelante.

— ¿Vd. es el señor Utrilla? dijo al entrar en el despacho el desconocido.

No tenia necesidad de esta pregunta para dar á entender que por vez primera hollaba el alcázar de la moda.

— Servidor de Vd.

— Hombre, me encuentro en un apuro.

— ¿De dinero?

— ¡No, ca! dinero me sobra... es decir, me sobraré de hoy en adelante.

— ¿De ropa?

— Justamente, necesito un frac.

— A ver, Juan, me dijo el maestro desenrollando la cinta de medir. Apunta : señor don... ¿Cómo es su gracia de Vd.?

— D. Diego del Cerro Becerril, contestó el necesitado, como si hubiese pronunciado el *soy yo* del Salvador del mundo, ó el *qu'il mourut* de Corneille, y luego añadió : Ahora ya comprenderá lo crítico de mi situacion.

— Bien, hombre, bien, repuso el maestro ; si no puede pagarlo ahora, yo no apuro con la cuenta á mis parroquianos.

— ¿Pero no comprende Vd.?

— Que no tiene Vd. un cuarto.

— Señor de Utrilla, exclamó D. Diego con cierta entonacion melodramática. ¿Nada ha oído Vd. acerca de crisis ministerial?

— Sí, hombre, dicen que han hecho ministro á un pobre diablo.

— Ese soy yo.

— Señor, perdone V. E.

— Sé que la opinion pública no me favorece : tanto mejor : es una garantía de estabilidad.

— Con que V. E. quiere un uniforme...

— No señor, un frac, y ha de ser para esta misma tarde.

— ¡Para esta tarde!... ¡Imposible!

— ¡Cómo imposible! ¿Sabe Vd. que en defecto de uniforme sin traje de etiqueta no puedo presentarme delante de S. M.? ¿Sabe Vd. que delante de S. M....

— Sé que no puedo hacer esa prenda para esta tarde.

— ¡Hombre, Vd. está pagado por la oposicion! exclamó el ministro aterrado. No poder hacer un frac en seis horas, cuando á mí me han hecho ministro en dos minutos!...

— ¡Ya! Se figura Vd. que es lo mismo hacer un ministro que un frac.

— Pero, señor ; tornó á exclamar el recién llegado casi muerto de pesadumbre ; ¿y la patria? ¿Y la salvacion del país? ¿Vd. no sabe que de sus tijeras está pendiente la felicidad de la nacion? ¿Vd. no sabe que si esta tarde no juro me soplan la cartera los enemigos de... el reposo? ; Figúrese Vd. si los enemigos del reposo descansarán en toda la noche, cuando sepan que no he jurado! Por esas cuatro puntadas que Vd. se niega á dar, la patria se hunde, el país se pierde, la crisis se prolonga : un cataclismo social nos amenaza, si dejo de subir al poder.

— ¿Qué quiere Vd. que yo le haga, si Vd. estaba desprevénido para gobernar?

— ¡Cómo desprevénido! Señor, tengo en mi cartera cien proyectos de ley, doscientos reglamentos, cuatrocientas circulares...

— Sí, pero no tenia Vd. frac donde meter la cartera ; y no hay remedio, los partidos, los hombres públicos, los candidatos para ministros deben contar que con las tijeras de la oposicion les han de cortar un sayo, y las tijeras del sastre les han de cortar un frac.

— ¿Desprevénido, dice Vd.? pues esto me hace recordar que yo debí encargarlo hace unos dias... Si, pero no... ¡Jesus, qué cabeza la mia! Yo creo que tuve intencion de hacerlo... Pero ¡ya se vé! Con estas cosas lo mismo me acordaba yo del frac, que de la primera camisa que me pusieron.

— ¡Pues! contestó el sastre, descuidan Vds. los mas indispensables negocios, y se paran en bagatelas, en fruslerías...

— Pero, señor maestro, ¿en qué artículo de fondo ha leído Vd. nunca que para gobernar bien se necesite ese traje ridículo?...

— En los artículos de fondo de mi casa. Ahí tiene Vd. esos estantes llenos de piezas de paño que en alta voz están pregonando la necesidad de que todo el mundo se vista, incluso los aspirantes á ministros.

— Vamos, ya veo que Vd. se ablanda, y que...

— Nada, es imposible.

— Pero ¿no ha de tener Vd. mas patriotismo?

— ¡Oh! patriotismo, y sobre todo deseos de ganar me sobran: lo que me faltan son manos y tiempo para cortar y coser.

D. Diego se fué desesperado.

— Mientras departia inútilmente con el maestro, estuve yo escudriñando todas las entradas y salidas, protuberancias y sinuosidades de su talle : tomé perfectamente mis medidas, me sonrei maliciosamente, concebí un proyecto atrevido, y antes de que subiese al carruaje, volé á su lado, y llamándole á parte, le dije :

— ¿Señor D. Diego?

— ¿Qué hay? me respondió con un bufido.

— Soy una víctima de los ministros demisionarios.

— Eso á la secretaria... un memorial... y... *veremos*.

Veremos es la palabra sacramental de los ministros : D. Diego sabia pronunciarla : no le faltaba todo para el oficio.

— Nada vengo á pedir, señor D. Diego, le contesté ; por el contrario, vengo á sacar á Vd. de un apuro.

— ¡El frac! ¿Me hace Vd. el frac?

— Sí, señor, aunque mi profesion no es esa, aunque mi genio está oscurecido en un obrador, yo le haré un frac á Vd. Me consta que los enemigos de la pública tranquilidad saben que V. E. carece de las *prendas* necesarias para ser ministro... y han ganado á todos los sastres de la capital : pero yo, que soy una víctima suya... yo que, perseguido por los ministros salientes por mi adhesion á V. E. y sus dignos compañeros (no los conocia), he tenido, con rubor lo digo, he tenido, señor excelentísimo, que abdicar mi dignidad y sumirme en un taller para ganar mi cotidiano sustento ; yo les probaré que hombre de mi temple, de mi patriotismo, de mi arrojo no tienen precio ; que tan buenos son para un fregado que para un cosido, y saben sacrificarse por el bien público, saben hacer un frac en seis horas, ó perecer en la demanda.

— Chico, me dejás con la boca abierta, exclamó á la sazón el buen Ambrosio, que hasta entonces la habia tenido cerrada. ¿De dónde sacabas tú esas palabrotas? ¿De dónde esos embrollos de víctima y de ministros, si tú no habias conocido otros ministros que los de justicia? Y sobre todo, ¿de dónde sacabas al fraque?

— Le diré á Vd., tío Ambrosio : para la carrera que sigo se necesita mucha audacia, mucho desparpajo, y poquísima...

— Sí, ya entiendo.

— Poquísima aprehension. Ya sabe Vd. que mi difunto tío cura quiso enseñarme á leer y escribir y ciertos puntos de gramática latina : aprendí lo primero sin saber lo que aprendía, y renegué de lo segundo, porque conocí que el aprender cuesta trabajo. Sin embargo, di pruebas de no ser un zote. A pesar de mi poca aplicacion, al cabo de algun tiempo de estudios intermitentes, ya le daba quince y falta en la gramática á mi tío, lo cual no quiere decir que yo supiese mucha. Murió el infeliz : quedé huérfano ; me recogió un pariente sastre, que me puso al oficio. Pero ¿cree Vd. que se necesitan grandes estudios para encajar en la conversacion ó en los escritos esas frases huecas del lenguaje político que suenan mucho y nada significan? ¿No las está Vd. oyendo todos los dias y á todas horas, y en todas partes? Un papagayo las repetirá á fuerza de oír las, y yo creo que tengo algo mas de entendimiento que un loro.

¡Los embrollos! Para embrollar solo se necesita audacia... y ya ve Vd. que no me falta ; y si se trata de meter embrollos con un pobre hombre, aturdido con la idea de ser ministro, aterrado con la posibilidad de dejar de serlo, y preocupado por un solo pensamiento, es la cosa mas fácil del mundo.

¡El frac! ¿Preguntá Vd. de dónde saqué el frac? El frac estaba hecho, señor don Ambrosio ; el frac estaba en el Monte de Piedad á donde fuí á rescatarlo.

— ¡Cáspita! Cuéntame eso.

— Ya sabe Vd. que aturdido don Diego con la crisis ministerial, se olvidó de que habia encargado esa prenda. Ya sabe Vd. cuánto me chocaron las curvas de su talle, y sabe Vd. por fin la perspicacia del ojo de un sastre. Al irle á tomar medida en el despacho del maestro, dije para mí : dos talles como este no hay en Madrid, y el frac que estaba haciendo un oficial amigo mio, y que trabajaba para otro maestro, no sirve sino para este talle. Consecuencia, luego el frac de mi amigo es

para este señor. Mi camarada y yo viviamos juntos y teniamos unas mismas mañas : hallándonos sin un cuarto el dia anterior, habiamos llevado á empeñar aquel traje recién concluido.

— ¿Y tenias dinero para desempeñarlo?

— Ni un cuarto ; pero se acordará Vd. que cuando llegó el ministro estaba cosiendo una capa : marché de la tienda con pretexto de acabarla en casa, y fuí derecho al Monte de Piedad, dejando allí la capa cautiva y rescatando el frac.

Pasadas algunas horas, me dirigí á casa de S. E., que me estaba esperando como el Santo Advenimiento. Cuando vió el frac y se lo probó, cuando su esposa le hizo notar que no tenia ni una arruga, ni un solo defecto, y que estaba perfectamente cosido, y que entre el ministerio y el traje se habia remozado, fué cosa de abrazarme, de llamarme su salvador, de perder el juicio.

— ¡Vamos! ; Qué bien te pagaría el frac!

— Nada quise aceptar. Seguí haciendo mi papel de víctima, de hombre de mérito arrinconado en un obrador por mi honradez, por mi providad, y sobre todo por la consecuencia de mis principios.

— Te ofrecería su proteccion.

— Yo le ofrecí la mia.

— ¡La tuya! ; Tú protector de un ministro! ; Vamos, si en este Madrid oye uno cosas!...

— Un ministro constitucional, un ministro de un rey que reina y no gobierna, parece un monarca absoluto, y sin embargo, es la criatura mas débil, flaca y menesterosa de la tierra. ¿Sale un periódico nuevo? — Ya está sudando el ministro. — ¿Se juntan cuatro amigos á comer? — El ministro no puede tragar un bocado con el miedo de los conspiradores. — ¿Corre un perro por la calle, á quien los chicos han puesto un cencerro en la cola ; la gente corre y se cruzan los gritos del amo y los silbidos del público? — ¡Dios mio! ; Qué toquen generala! ; ¿Dónde me escondo! ; Motin, pronunciamiento! exclama el ministro exánime. — Un ministro puede, sin mengua, ser protegido por un cabo de rondas de policia secreta, por un charlatan de café, por un capitán de nacionales, por el escribiente de un periódico que tiene maña para enjaretar un párrafo : figúrese Vd. si un ministro incipiente podia ser mi ahijado.

Hiciele donacion del frac : le di la mano con aire teatral, llamándome su amigo, y le tendí una mirada suprema de proteccion. Habia dado el primer paso en mi carrera. El oficial de sastre se llamaba amigo de su parroquiano, su Mecenás además de amigo : habia perdido treinta ó cuarenta duros, y quizá una porteria por ganar toda mi posicion, toda mi fortuna. En una época en que tan poco sabemos, ó queremos saber los hombres unos de otros, en que todos aparentamos respetar el respeto del prógimo porque el prógimo tenga consideracion con el nuestro ; los hombres, señor don Ambrosio, son aquello en que se estiman. En esta comedia ó farsa del mundo nuevo, no hay director de escena : cada cual toma el papel que se le antoja : el que se contenta con el de parte de por medio, como llaman á los vigésimos galanes, con su pan se lo coma ; aquel está destinado á no tener un cuarto y á ser silbado toda la vida. Que no se queje : en su mano estuvo escoger otra cosa. El que toma papel de primer galán, esté seguro de que nadie se lo disputa, y entre silbas y aplausos ganará el sueldo y los honores de actor de primer orden. La dificultad consiste en tener audacia para fijar desde el primer momento bien alta la punteria. Mientras probaba yo el frac al excelentísimo señor don Diego, sentándole las costuras, me estaba pensando en reemplazarlo en el ministerio...

— Hombre, no digas barbaridades.

— Lo que Vd. oye, tío Ambrosio : era una insolencia, una locura, lo conozco ; pero con las locuras se labra el pedestal de la fortuna. Estas palabras cuando se oyen por primera vez, asombran, escandalizan, dan náuseas : pero si el hombre de cuyos labios han salido las repite con el mismo descaro, esté seguro de que el efecto no es tan irritante ; y si las repite impertérrito otra vez y otra, la sociedad se familiariza con ellas, y llegan á ser moneda corriente. Figurémonos que no llego á ser ministro, pero seré algo ménos, oficial del ministerio, intendente, jefe político, yo que habia nada para portero. Para lograr algo, pedir mucho. Abreviando mi historia, señor don Ambrosio, diré á Vd. que me hice amigo, comensal y camarero de don Diego : que al cabo de poco tiempo no podia vivir sin mí : que yo resolvía todas sus cuestiones, desembrollaba sus negocios, le conquistaba aplausos en la prensa, en fin, que el buen hombre tuvo que ponerse de rodillas para obligarme á aceptar un buen destino, ¡y dos cruces que me colgó del ojal!

Mi mision cerca de S. E. estaba concluida : comencé á quejarme de su ingratitud...

— Juanillo, ¡mira lo qué dices! ; Ingrato á un hombre á quien debes cuanto tienes!

— Sí, señor, ingrato. Me adelanté á llamárselo, para desvirtuar esta palabra que dentro de pocos dias habia de salir de sus labios. Me precio de tener buenas narices, y como estaba en las interioridades del gabinete, conocí que no podia pelear. Hiciele la oposicion terrible, desencadenada : renuncié el destino : volví el rostro al sol que comenzaba á levantarse... en fin, cayó don Diego, subió don Juan y luego don Pedro, y entre Pedro, Juan y Diego, me han hecho lo que Vd. ve, un hombre público, que hoy ó mañana será llamado para regir los destinos de esta nacion...

— ¡Digna de mejor suerte! exclamó enfáticamente

Ambrosio, que por la vez primera habia soltado una gracia que me hizo sonreir, en medio de la hiel que las palabras de Juanillo iban destilando gota á gota sobre mi corazon.

Embocéme en mi capa : arrellenéme en la silla, y dando rienda suelta á mis cavilaciones, quedé tan hondamente sumergido en ellas, que no sentí marcharse á los paisanos.

— ¿Qué es esto? pensaba yo...

Pero lo que yo pensaba debe ocurrírsele á cualquiera, y no hay para que molestarnos en consignar aquí los pensamientos de nuestros lectores.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

De la *Nueva Gaceta de Prusia* traducimos lo siguiente: « Entre Sarno y Scafati se ha descubierto á 3 ó 4 piés

de profundidad una antigua *villa*, cuya estructura es muy semejante á la de las construcciones de Pompeya, de las cuales solo difiere por los arcos y las bóvedas. Este edificio se halla en buen estado, y tiene diez habitaciones, y un salon. En él se han encontrado dos ánforas, dos instrumentos aratorios, el esqueleto de un hombre y el de un ave. A causa de las infiltraciones del rio Sarno, esta construccion está rodeada de agua, por lo cual será difícil conservarla. »

Monumento

ERIGIDO AL PIÉ DE LOS MUROS DE ROMA EN MEMORIA DE LOS SOLDADOS FRANCESES QUE MURIERON DURANTE SU SITIO.

No es este un asunto político ni de partido. Una

iniciativa privada y piadosa, con el objeto exclusivo de honrar la memoria de los soldados franceses que murieron bajo los muros romanos en 1849, ha presidido á la ereccion del monumento fúnebre que publicamos hoy.

En la villa Panfili ha sido levantado este recuerdo por el jefe de la casa de este nombre, el príncipe Doria Panfili, propietario de este hermoso parque, (paseo favorito del ejército francés de ocupacion,) que sufrió tanto con los estragos inevitables de la guerra.



Monumento erigido por el príncipe Doria en Panfili, á la memoria de los soldados franceses muertos en el sitio de Roma.

Al volver á él, el príncipe Doria Panfili tuvo el sentimiento religioso de erigir un sepulcro colectivo á los restos de los militares franceses que descansaban en diversos lugares de su posesion. El general francés le concedió inmediatamente el permiso para exhumar estos despojos esparcidos, que fueron encerrados bajo este mausóleo con las cruces, con los signos ó con los emblemas que habian sido colocados en sus respectivas sepulturas provisionales. Las inscripciones fueron trasladadas fielmente á las faces del monumento, en el que se grabó en gruesos caracteres la siguiente dedicatoria:

AQUI YACEN
LOS DESPOJOS MORTALES DE LOS FRANCESES
QUE HAN SUCUMBIDO EN ESTE SUELO
EN LA GUERRA DE MDCCCXLIX.
FELIPE ANDRÉS, PRINCIPE DORIA PANFILI,
POR UN SENTIMIENTO DE PIEDAD CRISTIANA,
LES HA ERIGIDO ESTE MONUMENTO
EN EL AÑO DE MDCCCLII,
SEXTO DEL PONTIFICADO DE PIO IX.
ROGAD POR ELLOS.

El cenotafio es de mármol blanco de Carrara, ejecutado segun los dibujos del jóven arquitecto Andrés Busiri. La estatua de la Virgen, tambien de mármol, es obra del escultor Camilo Pistrucci.

El templo que cubre en forma de bóveda el monumento, es de piedra y está sostenido por cuatro columnas de mármol.

El príncipe Doria, volvemos á repetirlo, ha sido movido por un sentimiento religioso. La Francia en iguales circunstancias recogeria los restos del extranjero, porque ante la muerte se borran las nacionalidades.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

| | | | |
|---|----------------|---|----------------|
| Para la HABANA..... | \$ 12 fuertes. | Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO..... | \$ 15 » » |
| — el interior de la ISLA DE CUBA..... | \$ 15 » | — el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA..... | \$ 16 » » |
| — PUERTO RICO (San Juan)..... | \$ 13 50 macq. | Un número suelto..... | 3 rs. fs. |
| — el interior de la ISLA DE PUERTO RICO..... | \$ 18 50 | — VERA CRUZ y TAMPICO..... | \$ 13 fuertes. |
| — las ANTILLAS FRANCESES, INGLESA y COSTA FIRME..... | \$ 12 fuertes. | Un número suelto..... | 2 1/2 rs. fs. |
| — la PROVINCIA DE CUMANA..... | \$ 12 75 » | — MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA..... | \$ 15 fuertes. |
| Un número suelto..... | 2 1/2 rs. fs. | — todo el interior de la República..... | \$ 18 fuertes. |
| — la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes)..... | \$ 14 » » | Un número suelto..... | 3 1/2 rs. fs. |

INDICE.

| | páginas. | | páginas. | | páginas. |
|--|----------|--|----------|---|----------|
| El buque submarino ó de bazo, y su aplicacion á la guerra marítima..... | id. | Un viaje á Simancas..... | 690 | Comunicaciones entre el Atlántico y el Pacífico..... | 759 |
| Lava fusible..... | 623 | Historia de la semana..... | id. | El valle de Sixto, Saboya. (grabado)..... | id. |
| El Havre (grabado)..... | 624 | Viaje en busca de sir John Franklin..... | 691 | La paz del matrimonio..... | 762 |
| Descripcion del bordado..... | id. | Cartas sobre la Escocia (grabados)..... | id. | Los bandidos de los Kárpates..... | 763 |
| Número 40. | | Mi primo el mayor Molineux, novela..... | 694 | Los habitantes de la India (grabados)..... | id. |
| Una excursion estudiantina..... | 625 | La Yedra..... | 695 | El matrimonio de una hora en Persia..... | 766 |
| El Astrónomo y el Méndigo (fábula)..... | 626 | La piedra que vira (grabado)..... | id. | Un buen chasco..... | 767 |
| Historia de la semana..... | id. | Puente-canal de Agen (grabado)..... | id. | Boletin científico..... | id. |
| Agudezas de autores antiguos..... | 627 | Carreras de caballos en Puerto-Luis, isla Mauricio (grabados)..... | 697 | Descripcion de los bordados..... | 768 |
| Operaciones militares de los dias 9 y 10 de setiembre (grabados)..... | id. | Mis creencias..... | 698 | Palacio de Beaumanoir habitado por Napoleon Iº en su juventud (grabado)..... | id. |
| Los talismanes; novela..... | 630 | Espanto en Méjico..... | id. | Número 49. | |
| Los baños de Fitero..... | id. | Los pasajes árticos..... | 699 | Incendio de un bosque americano (grabado)..... | 764 |
| Las costas occidentales del mar Negro y la Moldavia (grabados)..... | 631 | La caza del cocodrilo..... | id. | Intrigas de aldea..... | id. |
| El volcan Sangai..... | 635 | Notas y recuerdos de la Habana (grabados)..... | 700 | Revista de Madrid..... | 770 |
| La Persia (grabados)..... | id. | La mujer abandonada..... | 702 | Un golpe en vago..... | 741 |
| Smarra..... | 638 | Omer-Bajá (grabado)..... | 704 | Excursion pintoresca á la Córcega (grabados)..... | id. |
| Revista de la moda..... | 639 | Número 45. | | Historia de la semana..... | 774 |
| El cometa de 1853..... | id. | El Divan en Constantinopla (grabado)..... | 705 | El bueno y el mal ladron..... | 875 |
| Ciudad y puerto de Dieppe (grabado)..... | 640 | Un viaje á Simancas..... | 706 | Inauguracion del lord Maire (alcalde de Londres)..... | id. |
| Número 41. | | Historia de la semana..... | id. | Sitio imperial de Fontainebleau (grabados)..... | id. |
| El hipódromo de Satory (grabado)..... | 641 | Expedicion Norte-americana al Japon..... | 707 | La Estrella de la Mañana, novela..... | 778 |
| La vida gratis..... | 642 | Cartas sobre la Escocia (grabados)..... | id. | Trajes de Roma (grabados)..... | 780 |
| El muchacho y la vela; la campana de Toledo (fábulas)..... | id. | El Tulipan y la Pasionaria..... | 710 | El 4 de julio en Boston, novela..... | 782 |
| Historia de la semana..... | id. | Amena literatura..... | id. | Revista de la moda..... | 783 |
| La Persia (grabados)..... | 643 | Notas y recuerdos de la Habana (grabados)..... | 711 | Pizarras de Francia y del pais de Galles (grabado)..... | id. |
| Los talismanes; novela..... | 646 | Mi primo el mayor Molineux, novela..... | 714 | Número 50. | |
| Viajes (grabados)..... | 647 | Montañas de nieve..... | 715 | La ciudad de Schumla en Eulgaria (grabado)..... | 785 |
| Enriqueta..... | 650 | M. Fontaine (grabado)..... | id. | Intrigas de aldea..... | 786 |
| La Australia..... | 651 | Minas de cobre del Oued-Allelah (grabados)..... | 716 | El clipper Great Republic..... | id. |
| La barba y el café en Oriente (grabados)..... | id. | Novedades varias..... | 717 | Historia de la semana (grabado)..... | 787 |
| Smarra..... | 653 | Boletin científico..... | 718 | Obras del Louvre (grabados)..... | 788 |
| Un junco chino (grabado)..... | 656 | Revista de la moda..... | 719 | Las naves á pique..... | 790 |
| Número 42. | | Necrología: M. Bellot (grabados)..... | 720 | El calesin..... | 791 |
| Respuesta á los redactores del periódico barcelonés, titulado <i>el Cepilador</i> | 65 | Número 46. | | Los habitantes de la India (grabados)..... | id. |
| Los talismanes; novela..... | 658 | El Japon (grabado)..... | 721 | El 4 de julio en Boston, novela..... | 794 |
| Viaje y recepcion de SS. MM. á Arras, Valenciennes y Lilla (grabados)..... | 660 | Un viaje á Simancas..... | 722 | Establecimientos franceses en las costas de Africa (grabados)..... | 795 |
| Historia de la semana..... | 662 | Historia de la semana..... | id. | El carpintero, cancion..... | 797 |
| El Lobo moralista; el Diamante y la Luz; Analogía; Mania; la Abeja y Flor (fábulas)..... | id. | Cartas sobre la Escocia (grabados)..... | 723 | La luna de enero..... | 798 |
| Revista de la moda..... | 663 | Un secreto perdido, novela..... | 726 | Novedades varias..... | 799 |
| Los bailes de Java (grabados)..... | id. | La Siempreviva..... | 727 | Caminos de hierro por calzadas comunes (grabado)..... | id. |
| Presidios españoles de la costa septentrional de Africa (grabados)..... | 665 | Oticios menudos en Rusia (grabados)..... | 728 | Número 51. | |
| Delante de mi fuego; novela..... | 666 | Dolores del corazon..... | 730 | Teatro de la guerra de los Turcos contra los Rusos (grabados)..... | 801 |
| Agudezas de Francisco de la Torre..... | 667 | Himno al Sol..... | id. | Intrigas de aldea..... | 802 |
| Recuerdos de un viaje á los Estados Unidos (grabados)..... | id. | Viaje del capitán Inglefield..... | 731 | Historia de la semana..... | id. |
| Boletin científico..... | 670 | Rondeña..... | 732 | Excursion pintoresca á la Córcega (grabados)..... | 803 |
| El cochero de cabriolé; novela..... | 671 | La calma..... | 734 | La Puerta del Sol, novela..... | 806 |
| Residencia imperial de otoño en Rusia (grabado)..... | 672 | Ceremonia fúnebre en Madrid para la traslacion de las cenizas de Moratin y de Donoso Cortés (grabado)..... | 735 | El crepúsculo de la edad..... | 807 |
| Número 43. | | Número 47. | | Juan el Ginete..... | id. |
| Nueva York (grabado)..... | 673 | Retratos de los príncipes Mentchikoff y Paskewitch (grabados)..... | 737 | Fontainebleau (grabados)..... | 807 |
| No hay mal que por bien no venga..... | 674 | Bandelina..... | 738 | Mis primeras partidas de caza y de pesca..... | 810 |
| Al alma de mi alma..... | id. | Leyendo á Horacio..... | id. | El cómico de aficion..... | 811 |
| Historia de la semana..... | 675 | La máquina calórica..... | 739 | El monumento de la reina Luisa de Orleans, en Ostende (grabados)..... | 812 |
| Cartas sobre la Escocia (grabados)..... | id. | El valle de Josafat (grabado)..... | id. | Trabajos del puerto de San Nazario, Loire Inferior, (grabados)..... | 813 |
| Los talismanes; novela..... | 678 | Dinamarca, viaje del rey Federico VII á la isla de Moen (grabados)..... | 741 | Boletin científico..... | 814 |
| Los esquimales..... | 679 | Historia de la semana..... | 742 | Revista de la moda..... | id. |
| Interior del Cairo (grabado)..... | id. | Muerte trágica de un desconocido..... | id. | Jardin de ensayo de Hamma, cerca de Argel (grabado)..... | 815 |
| El árbol de la quina (grabado)..... | 681 | Viajes por los rios de América (grabados)..... | 743 | Número 52. | |
| Delante de mi fuego; novela..... | 682 | Un secreto perdido, novela..... | 746 | La batalla de Oltenitza (grabado)..... | 818 |
| La montaña magnética de Santo Domingo..... | 683 | Nuevo palacio del Sultan sobre el Bósforo (grabados)..... | 747 | El calderero de Puerta-Cerrada..... | id. |
| Anécdota..... | id. | Traslacion de las reliquias de san Piat (grabado)..... | 749 | Historia de la semana..... | 810 |
| El Sereno, cancion andaluza..... | 684 | Un buen chasco..... | id. | Valaquia (grabados)..... | id. |
| El cochero de cabriolé; novela..... | 686 | Influencia de las habitaciones..... | 750 | Amor, novela..... | 822 |
| D. Alonso de Madrigal (el Tostado)..... | 687 | Revista de la moda..... | 751 | Jerez de la Frontera (grabados)..... | 823 |
| De la emigracion inglesa..... | id. | Recuerdos de un viaje á la California (grabados)..... | 752 | A la señora doña Cruz..... | 826 |
| El observatorio de Herschel en Fildhansen, cabo de Buena-Esperanza (grabado)..... | 688 | Número 48. | | Estudios graves..... | id. |
| Número 44. | | Giurgewo (grabado)..... | 753 | Bailes alemanes..... | 827 |
| M. Arago (grabado)..... | 689 | Intrigas de aldea..... | id. | Hyeres y su islas (grabados)..... | id. |
| | | Hacer el oso..... | 754 | El mundo nuevo..... | 830 |
| | | Historia de la semana..... | 755 | Monumento erigido al pié de los muros de Roma en memoria de los soldados franceses que murieron durante su sitio (grabado)..... | 832 |
| | | El Cáucaso (grabados)..... | id. | | |
| | | La Puerta del Sol, novela..... | 758 | | |

FIN DEL INDICE.